



Manuel Tamayo y Baus

Los hombres de bien

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Manuel Tamayo y Baus

Los hombres de bien

PERSONAJES

DON LORENZO DE VELASCO
EL CONDE DE BOLTAÑA
JUANITO ESQUIVEL
LEANDRO QUIROGA
DAMIÁN ORTIZ
ADELAIDA
ANDREA

Acto primero

Sala baja de una casa de campo; dos puertas a cada lado de la escena; dos grandes rejas en el foro, por las cuales se ve el campo; muebles elegantes.

Escena I

DON LORENZO, EL CONDE y JUANITO. Entran por la segunda puerta de la derecha, con traje de campo.

DON LORENZO.- Entren ustedes por aquí. ¡Voto va! No hay placer como el que llega de repente.

EL CONDE.- ¿Nos suponía usted capaces de faltar a lo convenido?

DON LORENZO.- No; pero no los aguardaba a ustedes precisamente hoy. (Siéntanse los tres.)

JUANITO.- ¿Y Adelaida?

DON LORENZO.- Se levanta más tarde, y como hace un poco de toilette... Ni en campos ni en desiertos abdicará nunca mi hija su cetro de reina de la moda. Con que ¿de veras no quieren ustedes descansar un rato? Las habitaciones están preparadas.

JUANITO.- Ca, no señor. Anoche dormimos en Irún, y ya ve usted que desde Irún hasta aquí...

DON LORENZO.- Sí, dos horas de coche.

EL CONDE.- Está admirablemente situada esta posesión.

DON LORENZO.- Creo haber hecho una buena compra, y aquí he de pasarme tres o cuatro meses todos los años. Con que son ustedes míos hasta fin de julio por lo menos.

EL CONDE.- ¿Y nuestros baños?

DON LORENZO.- Tiempo queda.

JUANITO.- Sería abusar.

DON LORENZO.- Al contrario: hacerme favor. Espero que han de pasarlo ustedes bien. Para los que como nosotros aborrecemos el tráfigo del mundo, ¡es tan agradable esta paz, esta soledad!... En los veinte días que llevo aquí, fuera de la gente de casa, no he visto más que a mis vecinos el paralítico y su hija.

EL CONDE.- ¿Un paralítico?

DON LORENZO.- Sí, el dueño de una casita muy humilde, poco distante de la mía. Es la única habitación que hay en estos alrededores, y también la quise adquirir: pero el hombre se negó rotundamente a desprenderse de su nido. ¿A dónde había de ir a parar con sus huesos un infeliz privado de todo movimiento? Por lo mismo, tampoco nos causa molestia alguna. Es persona muy atenta y afable. Parece que se dedicaba al comercio, cuando una gran desdicha y su enfermedad le dejaron sin blanca. y ha diez años que vive ahí, en la mayor miseria, sólo con Andrea, su hija. ¡Una criatura celestial! Ella lo hace todo en la casa: barrer, guisar, lavar..., en fin, todo. Y cuidar a su padre, al cual tiene que llevar de una parte a otra en una especie de carretón, y hasta que ponerle el pan en la boca. ¡Y cómo le cuida! ¡Con qué agrado y ternura! Como se cuida a un niño de pecho. En un desierto únicamente se ven hoy estas cosas.

EL CONDE.- Cierto que ya se encuentra poco de eso en el mundo.

DON LORENZO.- ¡Calla! Juanito, se le han saltado a usted las lágrimas.

JUANITO.- (Enjugándose los ojos con el pañuelo.) ¿Qué quiere usted? ¡Soy tan sensible! En oyendo referir algo tierno..., a pesar mío se me llenan de agua los ojos.

EL CONDE.- ¡Dichoso usted que en nada se parece a la mayor parte de los jóvenes de su edad!

JUANITO.- A los consejos de usted lo debo, señor Conde. ¡Usted sí que es bueno!

DON LORENZO.- Los dos son ustedes modelos de honradez, de...

EL CONDE.- ¡Modelo usted, señor don Lorenzo!

JUANITO.- Señor don Lorenzo, ¿qué mejor modelo que usted?

DON LORENZO.- (Al CONDE, con tono muy declamatorio, poniéndose en pie.) La verdad es que uno se diferencia bastante de la generalidad de los hombres, entregados hoy en cuerpo y alma al demonio. Ay, amigo mío, ¡qué mundo!

EL CONDE.- (También con mucho énfasis, y levantándose.) ¡Qué soledad!

JUANITO.- (Como los otros dos.) ¡Qué siglo!

DON LORENZO.- ¡Rotos los vínculos de la familia!

EL CONDE.- ¡Destruídos los cimientos del Estado!

JUANITO.- ¡Hecha sistema la impiedad!

DON LORENZO.- ¡Corrupción y desorden en todas las clases!

EL CONDE.- ¡Los bribones dominándolo todo!

JUANITO.- ¡Y en tanto, los hombres de bien!...

DON LORENZO.- (Saca un cigarro de papel de la petaca y enciende un fósforo.) ¡Para nosotros, los desdenes!

EL CONDE.- (Saca una caja de rapé.) ¡Los malos tratamientos!

JUANITO.- (Saca un cucurucho de caramelos de uno de los bolsillos del traje.) ¡La verdad era esclavitud!

DON LORENZO.- (Con trágico acento, dejándose caer en la silla y encendiendo el cigarro.) ¡Qué escándalo!

EL CONDE.- (Con tono muy grave, sentándose y tomando un polvo de rapé.) ¡Qué desdicha!

JUANITO.- (Con tono lacrimoso, cayendo de golpe en su asiento y echándose un caramelo en la boca. En este momento se ve por las rejas del foro a ANDREA, que cruza el campo de derecha a izquierda, con un cantarillo de agita debajo del brazo.) ¡Qué abominación!

DON LORENZO.- (Señalando a las rejas.) ¡Ah, miren ustedes! Por ahí va la hija del paralítico. (EL CONDE y JUANITO se levantan.)

EL CONDE.- ¿Es aquélla?

JUANITO.- (Santiguándose.) ¡Ave María Purísima, y qué linda es!

DON LORENZO.- ¡Divina! ¡Una cara de «Concepción» de Murillo! (Vese ahora a DAMIÁN cruzar el campo de izquierda a derecha. Salúdanse ANDREA y él, y cada cual desaparece por su lado.)

EL CONDE.- Y ese cojito que viene hacia aquí y la saluda, ¿quién es?

DON LORENZO.- ¡Oh!, ése es mi escribiente, mi secretario, mi mayordomo.... ¿qué sé yo? Una preciosa adquisición que hice pocos días antes de salir de Madrid.

EL CONDE.- ¡Calla! Si no estuviera cojo, diría...

DON LORENZO.- ¿Qué?

EL CONDE.- Sí; es Ortiz.

JUANITO.- El mismo: Damián Ortiz.

DON LORENZO.- ¿Le conocen ustedes? Me alegro. Yo le conocí cuando todavía era un niño, en casa de don Esteban Samaniego, militar honradísimo, íntimo amigo de su padre y mío también, y desde entonces he seguido tratándole con la mayor intimidad. ¡Un muchacho excelente!

EL CONDE.- ¡Oh, inestimable!

JUANITO.- ¡Oh, no tiene par!

DON LORENZO.- Eso sí: algo raro.

EL CONDE.- Sí, bastante raro.

JUANITO.- Sí, muy raro.

DON LORENZO.- Figúrense ustedes que, pocos meses después de morir su padre, se halló aquel mismo Samaniego con que le habían robado cinco mil duros de la caja del regimiento, que tenía a su cargo. ¿Quién dirán ustedes que fue el ladrón?

JUANITO.- ¿Quién?

DON LORENZO.- ¡Su propio hijo!

EL CONDE.- ¡Si los crímenes que hoy día se ven!...

JUANITO.- (Enterneciéndose.) ¡Pobrecillo! ¡Válgame Dios!

DON LORENZO.- Desesperado y casi demente, acudió a mí pidiéndome prestada aquella cantidad. Yo soy muy rico, cierto; su aflicción me partía el alma; pero ya se ve..., ¡un préstamo de cien mil reales sin garantías!...

EL CONDE.- ¡Sopla!

JUANITO.- ¡Caracoles!

DON LORENZO.- Pues Damián, para sacarle del apuro, malvendió una casita que era todo su patrimonio, quedándose a perecer sin un maravedí. Hemos de convenir en que las más nobles acciones, si no están reguladas por la prudencia...

EL CONDE.- Algunos hechos que parecen muy heroicos no son, en resumidas cuentas, más que simples calaveradas.

JUANITO.- El Evangelio quiere que uno ame al prójimo como a sí mismo, pero no más.

DON LORENZO.- ¡Claro!

EL CONDE.- Yo le traté en las oficinas de La Maravilla del Siglo, donde a duras penas obtuvo un destinillo de ocho mil reales. Ya se sabe lo que, por regla general, son las Sociedades de crédito.

DON LORENZO.- Sí; reuniones de unos cuantos pillos que cobran, y de muchos tontos que pagan. De todas las invenciones de nuestro siglo ninguna tan maravillosa como la del robo hecho pacíficamente, de común acuerdo entre el robador y el robado.

JUANITO.- ¡Si ya hay mucha gente que roba de buena fe, y no es posible distinguir a un caballero de un ladrón!

EL CONDE.- Cierto corriente; pero ello es que el Consejo de Administración de La Maravilla se componía de un general, de un magistrado, de un diputado, de un banquero, de otros así y de mí. Me parece que yo... ¿eh?

DON LORENZO.- ¡Oh, usted!...

JUANITO.- Ya lo creo: ¡usted!...

EL CONDE.- Y todos callábamos; todos hacíamos la vista gorda, porque a veces...

DON LORENZO.- Sin duda; hay que transigir.

JUANITO.- Y llevar con paciencia las flaquezas del prójimo.

EL CONDE.- Y que aun los títulos de Castilla, si tenemos hijos... ¡Yo tengo cinco hijos!

DON LORENZO.- ¡Y qué bien criados!

JUANITO.- ¡Qué monos los pequeños!

EL CONDE.- ¡Angelitos! Pues bien; como ese caballero andante no tiene hijos, en cuanto se hubo enterado de los gatuperios de la Sociedad, armó un escándalo y tiró el empleo por la ventana.

DON LORENZO.- Si le digo a usted que es una cabeza de chorlito.

JUANITO.- ¿Y qué valen esas quijotadas en comparación de la que dio por resultado su cojera, y que sólo yo presencié, por mi mala ventura?

DON LORENZO.- ¿Con que presencié usted el lance?

EL CONDE.- ¿Y qué fue?

JUANITO.- Al entrar una noche en la carrera de San Francisco, donde tienen ustedes su casa, vi un mozo y un viejo, ambos de chaqueta, y que el primero se lanzaba al segundo navaja en mano.

EL CONDE.- ¡Bueno va estando el pueblo!

DON LORENZO.- ¡Se le predica la rebeldía, la inmoralidad!...

JUANITO.- Me indigné, y cerrando los ojos...

DON LORENZO.- ¿Se fue usted al agresor?

JUANITO.- No: me puse a rezar un Padrenuestro para que Dios le iluminase; cuando en esto llega a la carrera ese Ortiz, sin arma ninguna, y cubre al viejo con su cuerpo.

EL CONDE.- ¡Qué atrocidad! ¡Sin armas!

DON LORENZO.- ¡Es mucho Damián!

EL CONDE.- ¿No llevaba ni siquiera un revólver?

JUANITO.- ¡Toma! Si hubiera llevado un cañón, ya el caso era distinto. Sucedió lo que no podía menos de suceder: aquel energúmeno le atravesó un muslo con la navaja.

DON LORENZO.- Lástima que todo lo que hace ese chico se resienta de falta de previsión.

EL CONDE.- No hay que darle vueltas: es loco.

JUANITO.- Echaron los otros a correr; y yo, viéndome solo con un hombre tendido en tierra...

DON LORENZO.- ¿Se acercó usted a él?

EL CONDE.- Para darle auxilio, ¿verdad?

JUANITO.- Ese fue mi primer impulso, porque como tengo tan buen corazón... Pero caí en la cuenta de que si estaba muerto y la policía me encontraba a su lado...

EL CONDE.- ¡Tiene usted razón!

DON LORENZO.- ¡Podía usted haberlo pasado mal!

JUANITO.- ¡Vaya! Con que también yo eché a correr y me encerré en casita, llorando a lágrima viva por aquel infeliz.

DON LORENZO.- Pero no se puede negar que todas sus calaveradas provienen de excesiva honradez. Es muy honrado, mucho.

JUANITO.- Y muy entendido. ¿No vieron ustedes su drama?

EL CONDE.- ¿También es poeta? (Con tono de desdén.) Yo no.

DON LORENZO.- Yo tampoco.

JUANITO.- Un drama histórico..., muy largo..., muy triste... (Como reprobándolo.) ¡Oh, dicen que es muy bueno!... ¡Y lo que es moral!... No se hizo más que dos o tres noches.

DON LORENZO.- Las obras serias no llaman ya gente al teatro.

EL CONDE.- Ya no gusta más que el género bufo.

JUANITO.- Las chocarrerías, las indecencias.

EL CONDE.- ¡Y hay maridos que llevan a sus mujeres a ver esas obras!

DON LORENZO.- ¡Y padres que llevan a sus hijas!

JUANITO.- ¿Han visto ustedes la última bufonada?

EL CONDE.- Yo, Sí; tres veces.

DON LORENZO.- Yo, cuatro.

EL CONDE.- Mi mujer no quiere más que ópera o esas tonterías.

DON LORENZO.- Mi hija tampoco.

JUANITO.- No, y que algunas cosas no dejan de tener gracia.

EL CONDE.- Y la música suele ser muy bonita.

DON LORENZO.- ¡Oh, la música de Offenbach!

JUANITO.- Aquello de La Gran Duquesa: «Que duerma, pues, el general.» (Cantando.)

DON LORENZO y EL CONDE.- ¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! (Con mucha alegría. Cógense los tres del brazo y cantan, remedando los ademanes con que esto se canta en el teatro.)

LOS TRES.- «Que duerma, pues,
el general.»

DON LORENZO.- Pues y ¡aquello de Barba Azul!...

EL CONDE.- ¡Ah, sí! «Yo soy Barba Azul...» (Cantando.)

DON LORENZO y JUANITO.- ¡Sí, Sí!

LOS TRES.- (Poniéndose en jarras, y remedando también los ademanes con que esto se canta en el teatro.)

«Yo soy Barba Azul, ¡chipé!
Un buen viudo y un gran pez.»

DON LORENZO.- Pero a vueltas de alguna gracia y de algún trozo de música medianilla, ¡cuánta sandez y cuánta inmoralidad! (Sacando la petaca.)

EL CONDE.- ¡Y en un país civilizado se permiten espectáculos semejantes! (Sacando la caja de rapé.)

JUANITO.- ¡Si ya los hombres de bien no podemos ir a parte ninguna! (Sacando el cucurucho de caramelos.)

DON LORENZO.- ¡Qué escándalo! (Sentándose y encendiendo el cigarro.)

EL CONDE.- ¡Qué desdicha! (Sentándose también y tomando un polvo de rapé.)

JUANITO.- ¡Qué abominación! (Tomando también asiento y echándose un caramelo a la boca.)

Escena II

DICHOS y DAMIÁN. Entra por la puerta de segundo término de la derecha con el sombrero en la mano.

DAMIÁN.- ¡Ah! (Deteniéndose.) Creí que estaba usted solo.

DON LORENZO.- Adelante, Damián. Estos señores son conocidos de usted.

DAMIÁN.- Sí, con efecto...

EL CONDE.- ¿Va bien, señor Ortiz? (Sin levantarse ni alargarle la mano.)

JUANITO.- ¿Está usted bueno? (Como EL CONDE.)

DAMIÁN.- Bien. ¿Y ustedes? (Sin acercarse a ellos.)

EL CONDE.- El señor Ortiz sabe que puede contar con nuestro afecto. (Como vendiéndole protección.)

DAMIÁN.- Gracias. (Sonriéndose.)

JUANITO.- Y si en algo le podemos ser útiles...

DAMIÁN.- Gracias.

DON LORENZO.- ¿Ha salido ya de su cuarto el señor Quiroga?

DAMIÁN.- Ahora acaba de salir.

EL CONDE.- ¿Quiroga?

JUANITO.- ¿Leandro Quiroga?

EL CONDE.- ¿Está aquí?

DON LORENZO.- ¿No se lo había dicho a ustedes? Iba a Francia; pero se detuvo en Irún para hacerme una visita; le invité, por mera fórmula, a pasar unos cuantos días conmigo; me cogió la palabra, y ahí le tienen ustedes.

EL CONDE.- ¡Qué buena alhaja!, ¿eh?

DON LORENZO.- Dígamelo usted a mí. Quiso mi mala estrella que cinco años ha hiciésemos juntos la travesía de Cádiz a Puerto Rico, y a pesar mío tuve que contraer con él relaciones de íntima amistad. Yo iba a negocios y él iba empleado.

JUANITO.- ¿Y es verdad que volvió a España bajo partida de registro?

DON LORENZO.- ¡Vaya si es verdad!

JUANITO.- Y cuando volvió, ¿qué le hicieron?

EL CONDE.- Le hicieron oficial de secretaría, gobernador, director...

DAMIÁN.- (Con gravedad irónica.) Y siguió robando tan serio.

DON LORENZO.- Pero nada le basta. (Dirigiéndose al CONDE y JUANITO.) Ha ya mucho tiempo que está entrampado hasta los ojos. Sin embargo, vive como un príncipe. Abono en los teatros, juego, francachelas, queridas, caballos, coche... ¡Y dicen que en nuestra época no hay milagros! ¿Qué mayor milagro que gastar sin tener?

DAMIÁN.- Eso consiste en que la piedra filosofal, buscada en vano por los alquimistas, ha sido al fin hallada por los tramposos: la piedra filosofal es el dinero ajeno.

EL CONDE.- Yo le cobré odio cuando sedujo a la señora, de Bustamante.

JUANITO.- Yo no le puedo mirar sin espanto desde que mato en desafío al pobre Ramírez.

EL CONDE.- (Levantándose.) ¡Y que un hombre así este bien mirado en el mundo!

JUANITO.- (Levantándose también.) ¡Mejor que nosotros!

EL CONDE.- ¿Cómo se puede explicar eso?

DAMIÁN.- Muy fácilmente. En cada época hay un tipo de moda: el poeta, el filósofo, el soldado, el fraile, el caballero... Y ahora el tunante es el último figurín.

EL CONDE.- ¡Cierto; muy bien dicho!

JUANITO.- ¡Y Quiroga es modelo en su género!

DON LORENZO.- ¡Oh, pues si ustedes supieran lo que yo!

EL CONDE y JUANITO.- ¿Qué?

DON LORENZO.- Le he ofrecido callarlo.

EL CONDE.- Con lo que nadie ignora bastaba para enviarlo a presidio.

JUANITO.- Y a la horca también.

DON LORENZO.- Es un desalmado.

EL CONDE.- ¡Un pillete!

JUANITO.- ¡Un monstruo!

Escena III

DICHOS y QUIROGA.

QUIROGA.- (Entra por la puerta de la derecha sin sombrero.) ¡Hola, hola; cuánto bueno por aquí! (Al oír su voz dan un respingo los tres hombres de bien.)

DON LORENZO.- ¡Hola, buen mozo; (Yendo hacia él y estrechándole una mano con extraordinaria afabilidad.) ¡Gracias a Dios que se le ve a usted, perezosillo!

JUANITO.- ¡Oh, señor don Leandro!... (Yendo también hacia él apresuradamente y cogiéndole una mano con las dos suyas.)

EL CONDE.- ¡Amigo mío! (Yendo también hacia él y abrazándole con viva efusión. DAMIÁN los contempla con risa burlona, y luego da señales de indignación y enfado.)

QUIROGA.- Conde... Esquivel... (Saludándolos.)

DON LORENZO.- Me han cumplido su palabra y nos acompañarán unos días.

QUIROGA.- ¿Sí, eh? (¡Maldita sea vuestra estampa!)

EL CONDE.- ¡Y cuánto nos hemos alegrado al saber que estaba usted aquí!

JUANITO.- Eso decíamos al señor don Lorenzo: donde esté Quiroguita, por fuerza ha de pasarlo uno bien.

QUIROGA.- (Si lograra espantarlos y que se fueran cuanto antes.) Pero el que va a pasarlo muy mal con ustedes cuatro soy yo.

JUANITO.- ¿Eh?

EL CONDE.- ¿Cómo?

QUIROGA.- Los cuatro son ustedes íntimos amigos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y yo he cortado relaciones con esos caballeros.

DON LORENZO.- ¡Ja, ja! ¡Qué cosas tiene este Quiroga! (Riéndole la gracia.)

EL CONDE.- ¡Ja, Ja! ¡Tiene unas salidas!... (Lo mismo.)

JUANITO.- ¡Ja, ja! ¡Lo dice todo con tanto donaire!... (Lo mismo. DAMIÁN se manifiesta impaciente y exasperado.)

QUIROGA.- No me intimido, sin embargo. Yo les haré ver a ustedes que es gran simpleza seguir hoy creyendo en esas antiguallas.

DON LORENZO.- En dejándole a él hablar...

JUANITO.- ¡Tiene un pico!

EL CONDE.- ¡De oro!

DAMIÁN.- Dios, con efecto, va poniéndose muy antiguo. Si a lo menos quisiera vestirse con algún sastre de París.

DON LORENZO.- No, Damián, eso no. Le prohíbo a usted hablar de religión ni de política. Aquí hemos venido buscando la paz, y...

QUIROGA.- Déjele usted que defienda sus opiniones. El amigo Ortiz, sin echarla de santo, es quizá, de todos ustedes, el creyente más fervoroso. Cree en la otra vida. (Con risa burlona.)

DAMIÁN.- Ésta me parece poca vida para mi alma.

QUIROGA.- Cree en el alma, según oyen ustedes. (Riendose más.)

DAMIÁN.- Un caballo es, sin duda, hermoso animal; con fatuidad indisculpable me considero yo algo superior a un caballo.

DON LORENZO.- Ea, Damián, ya he dicho que...

QUIROGA.- Y hasta oye misa; y tal vez confiese y comulgue.

DAMIÁN.- ¡Vaya! Tengo la flaqueza de ser esclavo de Dios, y la arrogancia de no serlo de nadie más.

DON LORENZO.- ¡Dale machaca! (Con mayor enojo.) ¿Quiere usted callarse, por los clavos de Cristo?

QUIROGA.- Se continuará. Nadie es elocuente en ayunas. Voy a tomar el chocolate.

DON LORENZO.- Y ustedes, ¿no quieren tomar algo?

EL CONDE.- Tampoco me vendrá mal a mí un chocolatillo.

JUANITO.- Ni a mí; con el aire de la mañana...

QUIROGA.- Vengan ustedes conmigo. (Los he de aburrir.) Y después daremos una vuelta por el campo, si no temen ustedes contaminarse con la compañía de un réprobo.

EL CONDE.- Su compañía de usted nos honrará mucho.

JUANITO.- ¡Si yo tengo flaco por usted!

QUIROGA.- Hasta luego, Lorencito mío. (Haciendo una fiesta en la cara a DON LORENZO, el cual sonríe embozado.) Salud al noble paladín de la fe de nuestros mayores. (A DAMIÁN, en tono de burla.)

EL CONDE.- ¡Bravo, bravo! ¡Ja, ja! (¡Qué tío!)

JUANITO.- ¡Ja, ja! ¡Bravo! (¡Qué perro!)

QUIROGA.- ¡En marcha! (Dirigiéndose a la puerta de la derecha de primer término, tarareando una canción guerrera. EL CONDE y JUANITO le siguen, tarareando como él.) Pasen ustedes. (Deteniéndose cerca de la puerta para cederles el paso.)

EL CONDE.- ¡No faltaba más!

JUANITO.- Usted debe ser el primero en todo.

QUIROGA.- Adelante. (Sale tarareando, y detrás los otros dos, tarareando también.)

Escena IV

DON LORENZO y DAMIÁN.

DON LORENZO.- ¡Esto no se puede aguantar! (Paseando muy agitado por la escena.) ¡Aunque sólo mirara que se halla en casa ajena! Pero ¡ea! ¡No respeta nada!

DAMIÁN.- Señor don Lorenzo. (Como tomando una resolución.)

DON LORENZO.- ¿Qué? (Sin detenerse.)

DAMIÁN.- Para aceptar la colocación que tuvo usted la bondad de ofrecerme, puse una condición nada más la de que había de serme lícito decir todo lo que se me viniese a la lengua.

DON LORENZO.- ¿Y a qué recordarme tan a menudo esa dichosa condición? (Deteniéndose a su lado.) ¿No oigo yo siempre con placer todo lo que a usted se le antoja decirme? ¿No le trato a usted como a un hijo? ¡El tal Quiroga!... (Consigo mismo, paseándose de nuevo, muy exasperado.)

DAMIÁN.- Sí, señor; todo eso es verdad, y yo se lo agradezco a usted infinito; pero...

DON LORENZO.- Pero, ¿qué? (Con enfado, deteniéndose otra vez.)

DAMIÁN.- Mil veces me he propuesto cambiar de genio, y no tomarme frío ni calor por las cosas del mundo; pero.... vamos, no lo puedo evitar: en viendo algo que no me guste, o trino o reviento.

DON LORENZO.- ¡Pues trine usted! ¿Quién diablos se lo impide? ¿No trino yo también? (Sigue paseándose, y de cuando en cuando se detiene para responder a DAMIÁN.)

DAMIÁN.- Pues, señor, ¡a trinar! Ese caballerito es un grandísimo tunante.

DON LORENZO.- ¡Noticia fresca!

DAMIÁN.- Y usted..., ¡usted es amigo de un tunante!

DON LORENZO.- ¡Bah! ¿Quién no tiene amigos así?

DAMIÁN.- Usted le obsequia, usted le adula, usted le mima...

DON LORENZO.- Pues si tratando bien a los pillos siempre acaban por hacer de las suyas, ¿qué sería si uno les tratase mal?

DAMIÁN.- Usted le ha metido en su propia casa.

DON LORENZO.- Yo le ofrecí... La buena educación...

DAMIÁN.- La mala, querrá usted decir. No es de buena, sino de malísima educación, alternar con gente perdida. Usted se irrita si delante de él sostengo opiniones y creencias que son las de usted. (DON LORENZO deja de pasear.)

DON LORENZO.- Lo hago para evitar que se enrede la discusión, y él a su vez nos suelte una andanada de blasfemias y de herejías.

DAMIÁN.- Él dice blasfemias y herejías, y usted o no contesta, o le ríe la gracia.

DON LORENZO.- Exasperándole diría más. Ya se ve: usted es muy joven todavía; tiene la sangre muy caliente...

DAMIÁN.- Sí, señor: conservo la facultad de indignarme en tiempos en que nadie se indigna. Pero créalo usted: el no indignarse, en los individuos como en los pueblos, es la señal más evidente de estar envilecidos.

DON LORENZO.- Por eso mismo, justamente; porque la sociedad está envilecida, es inútil dar coces contra el aguijón y hay que tener prudencia.

DAMIÁN.- ¡Prudencia! Muy señora mía.

DON LORENZO.- La prudencia, amiguito, es una de las virtudes cardinales.

DAMIÁN.- Sí, cuando es aquella virtud que enseña a discernir el bien del mal para seguir el uno y huir del otro; no cuando es, como sucede con frecuencia, la esposa aparente del bien y la poco disfrazada concubina del mal; no cuando es hipócrita escudo del indiferentismo o la máscara ruin de la cobardía.

DON LORENZO.- Pero, hombre de Dios, ¿qué quiere usted que uno haga?

DAMIÁN.- Luchar. El amor al bien no puede ser platónico.

DON LORENZO.- Luchar inútilmente. El mundo es víctima de otra irrupción de bárbaros.

DAMIÁN.- No, señor; ahora la irrupción no es de bárbaros: es de tunos.

DON LORENZO.- ¿Y quién puede con ellos?

DAMIÁN.- Mire usted: el síntoma funesto de las sociedades modernas no es que en ellas haya tunantes; siempre los ha habido. El síntoma funesto es que no haya hombres de bien.

DON LORENZO.- ¡Qué exageración!

DAMIÁN.- Sí; hombres de bien vergonzantes, que ni siquiera se atreven a serlo a cara descubierta: que, rechazando con espanto el papel de actores, aceptan gustosos el de cómplices en las obras de iniquidad. Entre el bárbaro asesino y el vil que le guarda las espaldas, entre el verdugo y su ayudante, me quedo sin ninguno. La excepción confirma la regla: no lo dude usted, ya no hay más que bribones.

DON LORENZO.- ¡Allá va eso!

DAMIÁN.- Bribones activos y pasivos: unos que hacen y otros que dejan hacer.

DON LORENZO.- Usted, por lo visto, quisiera que los hombres de bien fuésemos otros tantos Quijotes, consagrados a romper lanzas con todo el mundo.

DAMIÁN.- Quisiera no ver de un lado celo y entusiasmo en los partidarios del mal, y de otro lado, en los del bien, apatía y miedo. ¡Oh! Son tan cobardes los hombres de bien que ahora se estilan, que no parece sino que el miedo es compañero inseparable de la virtud, o que nadie se mete a bueno sino cuando no se atreve a ser malo.

DON LORENZO.- Usted sueña con imposibles. La profesión de ciertas ideas lleva consigo el amor de la paz.

DAMIÁN.- ¿Quién la disfruta menos que esos infelices, qué no sólo temen los riesgos positivos, sino también los imaginarios; que de todo se asustan aun de tener razón; que, empeñándose en estar bien con todo el mundo, con nadie logran estar bien, ni consigo mismos? ¡Oh! Si de uno de estos dos inmensos bandos que constituyen hoy la mayoría de la sociedad, malvados capaces de todo y hombres de bien incapaces de nada; si de los unos o los otros es lícito esperar algo bueno espérese de aquellos que siguiera tienen fe en el mal; nada puede esperarse de los que en nada tienen fe! Ardiente enemigo de Jesús, cuando, frenético de rabia, le perseguía, cae a tierra adorándole, y es el Apóstol de las gentes; los hombres de bien han tomado como modelo a Pilato, y para los Pilatos no hay redención.

Escena V

DICHOS y ADELAIDA. ADELAIDA, con traje elegante de campo, entra por la puerta de primer término de la derecha. Trae un libro en la mano.

ADELAIDA.- (Ni una sola mirada.) (Acércase a una de las rejas y mira hacia fuera atentamente. QUIROGA, EL CONDE y JUANITO cruzan por el campo de derecha a izquierda. DAMIÁN se retira a uno de los ángulos del proscenio.)

DON LORENZO.- ¿No das los buenos días, muchacha?

ADELAIDA.- Buenos días. (Desdeñosamente, volviendo apenas la cabeza.)

DON LORENZO.- ¡Oiga! Te has compuesto más temprano que de ordinario.

ADELAIDA.- Como tenemos huéspedes...

DON LORENZO.- Sí; el conde de Boltaña y Juanito Esquivel.

ADELAIDA.- Ya he hablado con ellos. ¡Qué par de fastidiosos!

DON LORENZO.- ¿No sabías que iban a venir? ¡Todo te fastidia! De algún tiempo a esta parte no se puede contigo. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

ADELAIDA.- Nada. Abur. (Dirigiéndose a la puerta de la derecha.)

DON LORENZO.- Eh, quieta (Deteniéndola con afabilidad.) No sea, usted fuguillas.

ADELAIDA.- ¿He de seguir oyendo majaderías delante de un extraño?

DON LORENZO.- ¿Un extraño?

DAMIÁN.- Yo. (Dirigiéndose hacia una de las puertas de la derecha.)

DON LORENZO.- No se vaya usted, Damián. (DAMIÁN sigue andando.) Que no se vaya usted. (Deteniéndole. DAMIÁN se retira al ángulo derecho del proscenio.)

ADELAIDA.- Yo soy quien se va.

DON LORENZO.- Ni tú. (Sujetándola.)

ADELAIDA.- ¡Ay, qué pesadez! (DAMIÁN durante toda la escena dará señales de impaciencia e indignación, andando, sentándose, llevándose una mano a la frente y mirado alternativamente a DON LORENZO, con expresión de burla, de lástima y de ira.)

DON LORENZO.- Pero, mujer, ¿es posible que un padre tan bueno como yo?...

ADELAIDA.- Bien... Déjame.

DON LORENZO.- ¿No merece mejor pago mi cariño, mi ternura, mi...?

ADELAIDA.- ¡Ay, papá; no, por Dios, no te pongas sensible!

DON LORENZO.- He aquí el fruto de la educación que se da a los jóvenes hoy día. (En su tono declamatorio habitual, separándose de ADELAIDA.) Tratan a sus padres como a iguales. ¿Qué digo como a iguales? Como a inferiores.

ADELAIDA.- Esto va para largo. (Se sienta en un sofá que habrá entre las dos puertas de la izquierda, y lee en el libro que tiene abierto en la mano.)

DON LORENZO.- ¡Qué hijos!

DAMIÁN.- ¡Qué padres! (Bajo, a DON LORENZO, en el mismo tono que él.)

DON LORENZO.- Los padres no podemos ir contra el mundo. El mundo ridiculiza la autoridad del padre y aplaude la rebeldía del hijo.

ADELAIDA.- Si no hablaras tan alto, me enteraría yo mejor de lo que estoy leyendo.

DON LORENZO.- ¿Y a qué tanto leer? ¡Si usted supiera lo que esta criatura tiene leído! Obras en francés, en inglés, en italiano... Como sabe todas las lenguas conocidas... Y no crea usted, cosas muy formales: literatura, política, historia... Hombre, si una vez se leyó de cabo a rabo la Historia Universal, de César Cantú. ¿Y qué estás leyendo ahora, vamos a ver? (Acercándose a ella.)

ADELAIDA.- Un libro.

DON LORENZO.- Contesta. Alguna vez se ha de hacer lo que yo mando. ¿De qué trata ese libro?

ADELAIDA.- De lo que no te importa.

DON LORENZO.- Dímelo. ¡Mira que si no me lo dices!... (Con tono amenazador.)

ADELAIDA.- ¿Qué? (Con mucha calma y sonrisa irónica)

DON LORENZO.- Lo veré yo.

ADELAIDA.- Ea, bueno; míralo tú. (Cerrando el libro y alargando desdeñosamente la mano, como pura que su padre venga a cogerlo. DON LORENZO va hacia ella, toma el libro y lo abre por la primera página.)

DAMIÁN.- (¡En mi vida he deseado ser padre hasta ahora!)

DON LORENZO.- ¡Dios me valga, Damián! ¡Dios me valga! ¿Sabe usted lo que está leyendo esta criatura?

DAMIÁN.- Como usted no lo diga...

DON LORENZO.- La vida de Jesús, por Renán.

ADELAIDA.- ¿Y qué?

DON LORENZO.- ¿De dónde has sacado ese libro?

ADELAIDA.- Me lo ha dado Quiroga.

DON LORENZO.- ¡Quiroga! ¿Ve usted esto, Damián?

DAMIÁN.- Sí, señor, que lo veo.

DON LORENZO.- ¡Dar un libro así a una muchacha!

ADELAIDA.- Recuerda que tengo ya veinticinco años cumplidos.

DON LORENZO.- ¡Cuando tú lo vuelvas a pillar!

ADELAIDA.- Supongo que no querrás quedarte con lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Ya sabes que el libro es de Quiroga.

DON LORENZO.- Yo se lo daré a él.

ADELAIDA.- Y él me lo volverá a dar a mí.

DON LORENZO.- Le diré yo que no te lo vuelva a dar.

ADELAIDA.- Le diré yo lo contrario, y ya verás como hace más caso de mí que de ti.

DON LORENZO.- De fijo.

ADELAIDA.- Y cuando sepa esto se reirá muy lindamente.

DON LORENZO.- Se reirá. ¡Vaya si se reirá!

ADELAIDA.- Lo mejor es que no te empeñes en quitármelo. Yo estoy en mi derecho, y tú no.

DON LORENZO.- A ver, a ver, ¿qué quiere decir eso?

ADELAIDA.- Que un padre no tiene derecho a tiranizar la razón de sus hijos.

DON LORENZO.- Señor, ¿a dónde vamos a parar?

ADELAIDA.- Con que trae. (Quitándole el libro de la mano con mucha calma. Vuelve a sentarse y sigue leyendo.)

DON LORENZO.- ¡Esto es hecho! Ya no hay respeto, ni obediencia, ni... Castigue Dios a todo el que tenga la culpa.

DAMIÁN.- (Bajo, a DON LORENZO, acercándose a él sin poder contenerse.) ¡Pobre de usted si Dios le oyese!

DON LORENZO.- (Muy exasperado.) Pero, ¿Qué diablo quiere usted que yo haga?

DAMIÁN.- Antes podía usted haber hecho una cosa.

DON LORENZO.- ¿Cuál?

DAMIÁN.- Educar mejor a su hija.

DON LORENZO.- ¡Me gusta! Mi hija se ha educado en Inglaterra. Es el portento de Madrid.

DAMIÁN.- Con efecto: sabe cuanto hay que saber, menos... (ANDREA cruza el campo de izquierda a derecha.)

DON LORENZO.- ¿Menos qué?

DAMIÁN.- Nada: menos respetar a su padre.

DON LORENZO.- ¡Ya! ¿Usted querría que la hubiese criado al estilo antiguo, dando que reír a la gente, verdad? ¡Ni quién había de figurarse!... Y ahora, ahora, ¿qué puedo hacer?

DAMIÁN.- Ahora puede usted hacer otra cosa.

DON LORENZO.- (Con ansiedad.) ¿Cuál? Sepamos.

DAMIÁN.- Romperle una silla en la cabeza.

DON LORENZO.- (Muy exasperado.) Mire usted que no estoy para bromas.

DAMIÁN.- (En el mismo tono que DON LORENZO.) Ni yo.

Escena VI

DICHOS y ANDREA.

ANDREA.- (Asomándose a la puerta de segundo término de la derecha.) ¿Se puede entrar?

DAMIÁN.- Es Andrea.

DON LORENZO.- Adelante.

ADELAIDA.- (¡Ella aquí!)

ANDREA.- Dios guarde a ustedes, señores y señora.

DON LORENZO.- Buenos días, chiquita.

ANDREA.- Vengo... porque mi padre me ha mandado venir.

DAMIÁN.- No te turbes. Ya sabes que el señor don Lorenzo te quiere mucho.

ANDREA.- Ya lo sé; y también que es muy bueno.

DON LORENZO.- Gracias. ¿Y qué quiere tu padre?

ANDREA.- Quiere... que le diga a usted una cosa; pero, ¡me da tanta vergüenza!

ADELAIDA.- (¿Qué será?)

DON LORENZO.- (¿Vendrá a pedir?)

DAMIÁN.- Habla sin miedo.

ANDREA.- (A DAMIÁN.) Bien. Estése usted a mi lado. (A DON LORENZO.) Pues mi padre me ha mandado venir a decirle a usted... (Tapándose la cara con el delantal.) ¡Qué vergüenza me da!

ADELAIDA.- (Con aspereza.) Ea, despacha o vete.

ANDREA y DAMIÁN.- (ANDREA con susto y pena. DAMIÁN con indignación, que difícilmente reprime.) ¡Oh!

DON LORENZO.- (A su hija, en tono de reconvención.) ¡Mujer!

ANDREA.- (Llorando.) ¡Ay, señorita, no se enfade usted conmigo, por Dios!

DON LORENZO.- No se enfada, no; sino que...

ANDREA.- Bien veo que estoy cansando a ustedes, pero... En fin, allá va. (Como haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma.) Pues ha de saber usted que ese caballero que está aquí..., ese que es tan buen mozo... (ADELAIDA hace un movimiento involuntario y dirige a ANDREA una mirada de furor.) (¡Oh! ¡Qué miradas me echa la señorita!) (Con susto.)

DON LORENZO.- (¿A dónde irá a parar?)

DAMIÁN.- Sigue, hija mía.

ANDREA.- Ese...

DON LORENZO.- Bien: Quiroga.

ANDREA.- Así creo que se llama; el señor Quiroga. Pues al día siguiente de su llegada se encontró conmigo en el campo, y me dijo... que era muy bonita.

DON LORENZO.- (Sonriéndose.) ¡Oiga!

DAMIÁN.- (¡Pillastre!)

ADELAIDA.- (Con ansiedad.) ¿Y tú qué le dijiste?

ANDREA.- Yo, nada. Cuando alguno me ve al pasar por aquí, suele decirme: «Vaya una cara de cielo que tienes, criatura», o «Dios bendiga tus ojos, muchacha», o así; y yo saludo, agradeciendo la buena voluntad, y me quedo tan serena y alegre. (Con ingenuidad candorosa.) Cuando ese otro se acercó a mí, tuve miedo; cuando me miró, cerré los ojos; cuando me habló, me eché a correr. Y entré en casa corriendo. Y mi padre me dijo: «¿Por qué vienes tan de prisa, muchacha?» Y yo le respondí: «Porque dejé la comida a la

lumbre.» «¿Por qué vienes tan colorada?» «Porque hoy el sol calienta mucho.» Mire usted: por éstas que antes nunca había yo engañado a mi padre. (Poniendo las manos en cruz y llorando.)

DAMIÁN.- Sosiégate.

DON LORENZO.- (No me llega la camisa al cuerpo.)

ADELAIDA.- (¿Le querrá ella? ¿Le querrá?) (Maquinalmente rasga una hoja del libro que tiene en la mano.)

ANDREA.- Después le volví a encontrar muchas veces. Yo, al verle, siempre huía; él se empeñaba en alcanzarme. Logrólo al fin, y, sujetándome por una mano, dijo que me quería y que yo había de quererle a él bien a bien o por fuerza. Quedé como difunta, sin poder hablar, ni moverme, ni respirar siquiera. Entonces pasó usted por allí cerca sin vernos. (A DAMIÁN.) Me dejó. ¡Cuántas bendiciones le eché a usted aquel día!

DON LORENZO.- ¡Cuidado con el hombre!

DAMIÁN.- (Con vivo interés.) Sigue.

ADELAIDA.- (Con impaciencia y encono.) ¿No oyes? Que sigas.

ANDREA.- Siempre que yo volvía a casa, mi padre me observaba con atención, y cada día iba poniéndose más triste. Las horas muertas nos pasábamos en silencio, mirándome él como nunca me había mirado, mirando yo al suelo sin pestañear. Mi padre, que apenas tiene vida en el cuerpo, tiene, al parecer, más vida que nadie en el alma. Sentado en su carretón, ve lo que sucede fuera del alcance de sus ojos, le mira a uno a la cara y le ve el corazón. No se rían ustedes; mi padre es adivino. Todo lo había adivinado mi padre; nada se atrevía a decirme. Sabía yo que él lo sabía todo; no me atrevía a decirle nada.

DAMIÁN.- Pero ya se lo habrás dicho, ¿verdad?

ANDREA.- Estaba ayer tarde a la puerta de casa, recogiendo la ropa que por la mañana había tendido al sol, cuando de repente sentí oprimido mi cuerpo. El señor Quiroga me tenía abrazada. Grité sin poderlo evitar. «¿Qué es eso?», dijo desde dentro y casi al mismo tiempo mi padre. Se me cuajó la sangre de espanto. No sabía qué responder. «¿Qué es eso?», gritó de nuevo mi padre, con voz muy ronca y alterada. Y sin saber yo qué decir, dije: «Nada, un bicho que me he encontrado encima.» Y seguí forcejeando en silencio, para desprenderme de aquellos brazos que me oprimían y abrasaban como si fueran de hierro encendido. «Volveré esta noche; aguárdame», decía él; y yo, muy bajito: «Suélteme usted, por caridad»; y mi padre, con voz que ya no parecía la suya: «¿Quién está ahí? ¡Andrea! ¡Andrea!» Y aquel hombre me cogió la cabeza con una mano y fue acercando por fuerza mi cara a la suya, y no pude ya contenerme, y empecé a gritar: «¡Padre! ¡Padre!» ¡Le llamaba, cuando el infeliz no puede moverse! ¿A quién había de llamar? (Con arrebató de dolor.)

DON LORENZO.- ¡Bribón!

DAMIÁN.- ¡Infame!

ADELAIDA.- ¡Acaba!

ANDREA.- Acercó mi cara a la suya, y... ¡Yo no lo quisiera decir! (En la mayor afición.) ¡Mi padre me ha mandado decirlo! Y... ¡Ay Dios de mi vida, no fue mía la culpa!

ADELAIDA.- ¿Qué? Dilo.

ANDREA.- ¡Me dio un beso en la boca! (Con terror.)

ADELAIDA.- ¡Oh! (Se levanta, arrancando algunas hojas del libro.)

DON LORENZO.- ¡Sí, es el diablo en persona!

DAMIÁN.- El agravio da mayor brillo a tu pureza.

ANDREA.- Entré en casa. ¡Reina de los Angeles! ¡Mi padre estaba en pie! ¡En pie! ¡Diez años ha que no le había visto moverse! Luego cayó de golpe desmayado en el carretón, y del carretón al suelo. ¡Creí que se, moría! Volvió en sí; tuve que contárselo todo; hasta lo más pequeño. Cuando ya nada tenía que decir, seguía él preguntando. Su rostro, a cada palabra mía, tomaba diferente color; despedían llamas sus ojos; temblaba de pies a cabeza; el dolor y la rabia le cambiaron de modo, que, turbada yo y sin darme cuenta de lo que hacía, hube de mirarle un momento con atención para convencerme de que era mi padre. Llegó la noche. «Cierra esa puerta; cierra bien.» Obedecí. «Ven acá; más cerca, más cerca.» Obedecí. «Dame una mano; aprieta; no sueltes.» Obedecí. «¡Aquí, Leal!» Leal es nuestro perro. Y lo dijo de modo que Leal dio un rugido y vino de un salto a nuestro lado. «¡Defiéndela tú; yo no puedo!» Entonces lloró. ¡Lloraba a mares! ¡Yo no sabía que se pudiese llorar tanto! «Reza.» Rezamos un rosario, y otro después, y luego otro. Se quedó inmóvil y mudo, con la vista fija en la puerta. Miraba Leal hacia donde su amo. Yo a mi Virgen de los Dolores. Al más leve rumor que sonaba fuera, mi padre se estremecía violentamente, y Leal erguía la cabeza gruñendo, ¡Así hemos pasado la noche!

DAMIÁN.- Ya lo ve usted: hay que tomar una resolución tan pronta como enérgica.

DON LORENZO.- ¡El Quiroga y su alma!

ADELAIDA.- ¡Dile que es un malvado, el más vil de los hombres!

DAMIÁN.- Bendígala a usted el cielo, señorita, por esa noble indignación.

ANDREA.- Sí, ampárenme ustedes; eso quiere mi padre; que alguien me defienda. Ya saben ustedes cómo está. Si me ve abandonada, la pena de no poderme defender le quitará la vida. ¡Ay, tal vez ya!... No, yo no quiero que mi padre de mi alma se muera. Con que le diré que ustedes... ¡Qué contento se va a poner! ¡Y yo... yo si vivo cien años, cien años rezaré por ustedes todos los días! ¡Dios se lo pague a usted, señor! (Besando una mano a

DON LORENZO con viva emoción.) Y a usted, señorito. (Corre hacia DAMIÁN y le estrecha las manos.) Y a usted... (Va hacia ADELAIDA, la cual le dirige una mirada de odio y rencor que la hace detenerse como sobrecogida de espanto.) (¡Qué mirada!) Con que me defenderán ustedes, ¿verdad? (Andando hacia atrás, y de cuando en cuando mira con recelo a ADELAIDA, que no aparta de ella la vista.) (¡No me quita los ojos!) Por mí, no; por el pobrecito baldado. (¡Qué modo de mirarme! ¡Jesús!) (Vase corriendo, llena de terror, por la puerta de segundo término de la derecha.)

Escena VII

DON LORENZO, DAMIÁN y ADELAIDA.

DON LORENZO.- ¡Nada respetan los inicuos! ¡Ni la inocencia sin amparo! ¡Ni la ancianidad desvalida! (Dando paseos por la escena, sumamente agitado.)

DAMIÁN.- A usted le toca defenderlas.

ADELAIDA.- (¡Ese hombre me perderá!) (Con acento de desesperación. Asómase a una de las rejas del foro. ANDREA cruza el campo de derecha a izquierda.)

DON LORENZO.- Sí; es preciso hablar a Quiroga.

DAMIÁN.- ¡Es preciso arrojarle al punto de aquí!

DON LORENZO.- ¿Eh? ¿Qué dice usted? (Manifestando sorpresa y terror.)

DAMIÁN.- Únicamente así podrá evitarse un atentado. En estos alrededores no hay habitación ninguna; él no se ha de quedar en el campo; se irá, olvidará a la pobre niña...

DON LORENZO.- ¡Echar de mi casa a Quiroga! ¿Y cómo se hace eso?

DAMIÁN.- Echándole.

DON LORENZO.- ¿Y si no se quiere ir?

DAMIÁN.- Se le echa por fuerza.

DON LORENZO.- ¡Ave María Purísima!

DAMIÁN.- ¿No somos cuatro contra él?

DON LORENZO.- ¡Cuatro hombres de bien contra un tunante!

DAMIÁN.- ¡Vive Dios que los cien gallegos que se dejaron robar porque iban solos tenían a quien parecerse: a los hombres de bien!

DON LORENZO.- Usted todo lo saca de quicio. ¡Le hablaré! ¡Vaya si le hablaré!

DAMIÁN.- ¿Y cree usted que le hará caso?

DON LORENZO.- ¡Maldito! (EL CONDE y JUANITO cruzan por el campo de izquierda a derecha, haciendo grandes aspavientos y como si hablasen acaloradamente el uno con el otro.) Si él se ha propuesto deshonrar a esa niña...

DAMIÁN.- ¿Usted dejará que la deshonre?

DON LORENZO.- Y matar a ese anciano...

DAMIÁN.- ¿Usted dejará que le mate?

DON LORENZO.- Y hacernos reventar a todos de un sofocón...

DAMIÁN.- ¿Usted consentirá que todos seamos juguete de un malvado?

DON LORENZO.- ¡Dale! ¡Yo no soy Don Quijote!

DAMIÁN.- ¡Ni Sancho Panza tan siquiera!

DON LORENZO.- Yo me lavo las manos.

DAMIÁN.- Lo que antes decíamos: también se lavó las manos Pilato; ¡y no hay manos más sucias que aquellas manos tan lavadas!

Escena VIII

DICHOS, EL CONDE y JUANITO. EL CONDE y JUANITO entran por la puerta de segundo término de la derecha dando muestras de indignación y enfado.

EL CONDE.- ¡Esto es por demás!

JUANITO.- ¡Vaya con el señor Quiroga!

DON LORENZO.- ¿Quiroga? (Yendo hacia ellos.)

DAMIÁN y ADELAIDA.- ¿Qué? (Acercándose a ellos también.)

EL CONDE.- Durante el paseo nos ha comunicado su propósito de... (Conteniéndose por estar delante ADELAIDA.) Pues... de enamorar a la hija del paralítico.

DON LORENZO.- Sí; ya sabíamos las intenciones de ese, Barrabás.

JUANITO.- Pues al volver aquí...

EL CONDE.- Nos la hemos hallado en el camino.

DAMIÁN.- ¿Y qué? (Todo el diálogo hasta el final de este acto debe ser rapidísimo.)

ADELAIDA.- ¿Qué?

JUANITO.- En cuanto ella le vio, echó a correr.

EL CONDE.- Y él detrás.

DAMIÁN y ADELAIDA.- ¡Oh!

DON LORENZO.- ¡Dios nos la depare buena!

EL CONDE.- ¡Y la infeliz iba dando unos alaridos!

JUANITO.- ¡Como si la persiguiese el demonio!

DAMIÁN.- ¿Y ustedes?... (Con indignación y rabia.)

EL CONDE.- ¡Nosotros nos hemos venido escandalizados! (Con mucho énfasis.)

JUANITO.- ¡Horripilados! (Con énfasis todavía mayor, enterneciéndose.)

DAMIÁN.- ¡Oh! (Dirigiéndose hacia el foro.)

DON LORENZO.- ¡No se comprometa usted! (Deteniéndole.)

EL CONDE.- ¡Mire usted que ese hombre!...

JUANITO.- ¡Si se llega a enfadar!...

DAMIÁN.- ¡Suelte usted! (A DON LORENZO, desprendiéndose de él.) ¡Paso! (Al CONDE y JUANITO.) ¿Villanía les parece a ustedes dañar al desvalido? Pues no defenderle pudiendo, ¡también es villanía! (Vase precipitadamente por la puerta de segundo término de la derecha.)

Escena IX

DON LORENZO, EL CONDE, JUANITO y ADELAIDA. ADELAIDA va hacia fuera con ansiedad hasta el final del acto. DON LORENZO, EL CONDE y JUANITO pasean aceleradamente por el escenario en encontradas direcciones, manifestándose muy agitados, y hablan con tono aún más enfático y declamatorio que de costumbre. Se ve cruzar por el campo a DAMIÁN, sin sombrero, y anclando tan de prisa como su cojera se lo permite.

DON LORENZO.- ¡Seducir a una criatura inocente!

JUANITO.- ¡Único sostén de un padre enfermo y viejo! (Llorando.)

EL CONDE.- ¡Atropellar toda ley humana y divina!

ADELAIDA.- (¡Capaz me siento de matarle!)

DON LORENZO.- ¡El mundo está perdido!

EL CONDE.- ¡La sociedad sucumbe!

JUANITO.- ¡Llegaron los tiempos del Anticristo!

DON LORENZO.- ¡Qué escándalo! (Dejándose caer en una silla a la izquierda y sacando la petaca.)

EL CONDE.- ¡Qué desdicha! (Sentándose a la derecha y sacando la caja de rapé.)

JUANITO.- ¡Qué abominación! (Tomando también asiento, separado de los otros dos, y sacando el cucurucho de los caramelos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

La misma decoración del acto primero.

Escena I

EL CONDE, JUANITO, y después, DON LORENZO.

JUANITO.- ¡Buena está la paz que don Lorenzo nos prometía! ¡En el campo, en un desierto, como quien dice, hallar estos belenes!

EL CONDE.- No queda un rincón de tierra hasta donde no se haya extendido la plaga de los tunos.

JUANITO.- La peor de todas las conocidas.

EL CONDE.- ¡Me río yo de las moscas y las ranas de Egipto!

DON LORENZO.- ¡Día fatal! ¡Qué día! (Entrando por la primera puerta de la derecha.)

JUANITO.- ¿Está peor la muchacha?

DON LORENZO.- No: se le va calmando la convulsión; va desapareciendo el terror que la dominaba; ya no chilla, ni... Pero se ha quedado como alelada, en un estado de postración que da miedo. Me ahorcaría de mejor gana que lo digo.

EL CONDE.- ¡Esta gente del campo toma tanto cariño a los animales!

JUANITO.- No me hubiera yo llevado menor susto que Andrea. ¡Matarle su perro! El señor Quiroga no tiene entrañas.

DON LORENZO.- Pero si la chica se acongojó, allá en su casa que la hubieran sufrido. Y no que Damián, para que su padre no la vea con la pataleta, sin encomendarse a Dios ni al diablo, la trae aquí y nos hace cargar a nosotros con el mochuelo. ¡Ay, qué Damián de mis pecados! Créanlo ustedes: las personas demasiado buenas son insufribles.

JUANITO.- Lo que es yo, le voy cobrando miedo. Si parece que come víboras y que bebe aguarrás.

EL CONDE.- ¡Y qué insolente! Nos trata como a iguales. ¡Yo no sé adónde vamos a parar con el espíritu democrático de este siglo!

DON LORENZO.- En fin -vean ustedes-, ya se la lleva a su casa. (Señalando a las rejas del foro, por las cuales se ve pasar de derecha a izquierda a DAMIÁN y ANDREA. Ésta va apoyada en aquél.) ¡Gracias a Dios! Pues, ¿y Quiroga? ¿Y Quiroga? (Con enojo.)

JUANITO.- Quiroga tiene por oficio el escándalo. Hoy, el escándalo es un oficio como otro cualquiera.

EL CONDE.- Mejor que otro cualquiera.

DON LORENZO.- ¡Buen susto se ha llevado mi pobre hija!

JUANITO.- No ha sido para menos el lance.

DON LORENZO.- ¿Y por qué he de tolerar yo que un belitre, con sus desórdenes...? Además, algo hay que hacer en favor de Andrea: hay que evitar la desdicha que la amenaza.

EL CONDE.- ¿Quién lo duda? Nuestra obligación es amparar a la inocencia.

JUANITO.- Para estas ocasiones son los hombres de bien.

DON LORENZO.- ¿Con que les parece a ustedes conveniente que le hable gordo?

EL CONDE.- Sí, señor; a mí me parece conveniente que le hable usted gordo.

JUANITO.- Todo lo gordo que usted quiera.

DON LORENZO.- Pero ayúdenme ustedes.

EL CONDE.- Yo, cuando llega el caso, bien que guardando cierta regla y medida, sé decir cuatro frescas al lucero del alba.

JUANITO.- Mire usted: a mí rara vez se me hinchan las narices; pero en llegándoseme a hinchar...

Escena II

DICHOS y QUIROGA. Aparece y detiéndose en la primera puerta de la derecha, con sombrero y bastón.

DON LORENZO.- Convenido: en cuanto el señor Quiroga se os ponga delante, firme en él. (QUIROGA se habrá ido acercando a ellos sin que le sientan.)

QUIROGA.- Pues me pongo detrás. (Poniéndose a espaldas de los otros.)

DON LORENZO, EL CONDE y JUANITO.- ¡Oh! (Estremeciéndose.)

EL CONDE.- (¡Qué bromas tan pesadas!)

JUANITO.- (¡Es gusto hacerle a uno dar repullos!)

QUIROGA.- Con que decían ustedes que... ¡firme en él!

DON LORENZO.- Venga usted acá, demoniejo: ¿por qué ha matado usted al perro de Andrea?

QUIROGA.- Porque el perro de Andrea se empeñaba en averiguar a qué saben mis pantorrillas.

DON LORENZO.- ¡Si usted no hubiera perseguido a su ama!

QUIROGA.- ¡Bah!, no faltaba más sino que los perros se metieran en lo que no les va ni les viene. Miren ustedes el cuerpo del delito. (Desnudando el estoque de su bastón.)

DON LORENZO.- Guarde usted eso.

QUIROGA.- En París lo compré: ¡una alhaja! (Esgrimiendo el estoque.)

EL CONDE.- Frío siento de verlo.

JUANITO.- Yo frío y calor.

QUIROGA.- El perro, acometiéndome por delante; el señor Ortiz, siguiéndome con destempladas voces... Milagro fue que, después de atravesar al chucho, no hiciera lo mismo con ese nuevo amparador de doncellitas menesterosas.

DON LORENZO.- Pero vamos a ver: ¿no sería mejor que usted dejase en paz a la chica?

QUIROGA.- ¿Y por qué había de ser mejor? La chica me gusta.

JUANITO.- (Ande usted con él) (Bajo, a DON LORENZO, después de haberle tirado de la levita.)

DON LORENZO.- Sí, pero ya ve usted... Como la pobrecilla está sola...

QUIROGA.- Por eso quiero yo acompañarla.

JUANITO.- Como no tiene amparo...

QUIROGA.- En mí tendrá el que necesite.

EL CONDE.- Como su padre es viejo y está paralítico...

QUIROGA.- Ojalá que un día amaneciesen paralíticos todos los padres de este mundo.

DON LORENZO.- (¡Primero ciegos, condenado!)

EL CONDE.- (¡Que no te diera el tifus!)

JUANITO.- (¡Ya escampa!)

DON LORENZO.- (¡Ánimo!) Quiroga: (Con tono resuelto.) yo no puedo consentir que usted pierda a esa pobre niña. ¡No puedo consentirlo! (Tira al CONDE del faldón de la levita.)

EL CONDE.- (¡Valor!) ¡La honra de una doncella es sagrada, muy sagrada, caballero! (Tira a JUANITO del faldón de la levita.)

JUANITO.- (¡Pecho al agua!) Lo que usted quiere hacer no tiene disculpa. ¡Vamos, que no la tiene!

QUIROGA.- ¿Hablan ustedes con formalidad? Pues más valía, señor don Lorenzo, que, en vez de tomarse tanto interés por una muchacha desconocida, se abstudiese usted de seducir a las mujeres de sus amigos.

DON LORENZO.- (¡Santa Bárbara!)

QUIROGA.- ¡Y qué mujer! Una jamona que no vale dos cuartos.

DON LORENZO.- ¡Quiroga! (Siguiéndole.)

QUIROGA.- ¡Aquel pobrecito, que, se va tan descuidado a la oficina!

DON LORENZO.- Hombre, hombre, ¡mire usted lo que dice!

QUIROGA.- Con achaque de protegerle para que no pierda el destino...

DON LORENZO.- Supongo que ustedes no creerán eso de la jamona.

EL CONDE.- ¡Ca!

JUANITO.- No, señor.

QUIROGA.- ¿Que no? Pues miren ustedes, se llama...

DON LORENZO.- ¡Chito! (Tapándole con una mano la boca.) ¡No comprometa usted a nadie! Mi hija está mala, ¡muy mala! Voy a ver dónde se ha metido... Voy a ver qué hace...

QUIROGA.- Por mí, vaya usted bendito de Dios.

DON LORENZO.- (¡Todo por la Andreíta!... ¡A ver cómo no se la lleva el demonio!)
(Vase muy de prisa por la segunda puerta de la derecha.)

Escena III

EL CONDE, JUANITO y QUIROGA.

QUIROGA.- Usted, señor Conde, siquiera tiene mejor gusto. La modistilla es muy salada.

EL CONDE.- ¡Canario!

QUIROGA.- Y desde que la lleva usted con tanto lujo...

EL CONDE.- Señor Quiroga, mire usted que esas chanzas...

QUIROGA.- Verdad es que se gasta usted un dineral con ella.

EL CONDE.- Juanito, supongo que usted no creerá...

JUANITO.- Ni por pienso.

QUIROGA.- ¡Un hombre casado! ¡Un padre con cinco hijos!

EL CONDE.- Voy a ver... ¡Tengo un picor en este hombro!... Aquí debe haber pulgas.

QUIROGA.- ¿Quién le detiene a usted?

EL CONDE.- (¡Pues aunque reventara esa chica!...) (Vase por la primera puerta de la derecha.)

Escena IV

JUANITO y QUIROGA.

QUIROGA.- Usted, seráfico mancebo..., usted no ha seducido a nadie.

JUANITO.- (Con aire de satisfacción.) Lo que es yo...

QUIROGA.- Se ha dejado usted seducir por una viuda de alta clase muy llena de piezas y remiendos.

JUANITO.- ¡Falso! ¡Calumnia!

QUIROGA.- ¡Contentarse con una vieja! ¿No sabe usted que para cada hombre hay siete mujeres?

JUANITO.- Pues crea usted que algún tuno se ha guardado catorce.

QUIROGA.- A no ser que usted lo haga creyendo que amar a una vieja es penitencia y no pecado...

JUANITO.- No, si yo... Delante del Conde y don Lorenzo finjo desaprobar su conducta de usted, porque como ellos la echan de timoratos... ¡Buen par de maulas! Pero usted hace

bien... La Andregüela es preciosa, y... ¡Vaya, muy bien! ¿Eh? (Haciendo como que oye que le llaman.) El Conde me llama. Abur. (Dirígese precipitadamente hacia la primera puerta de la derecha.)

QUIROGA.- (Riéndose.) No tropiece usted.

JUANITO.- (Cristo se metió a redentor, y le crucificaron. ¿Cuándo acabará uno de escarmentar?) (Vase.)

Escena V

QUIROGA y ADELAIDA.

QUIROGA.- Adelaida estará ciega de furor. Una mujer furiosa está casi vencida. Ella es. (ADELAIDA entra por la primera puerta de la derecha, cerca de la cual permanece, contemplando a QUIROGA, breves instantes en silencio.)

ADELAIDA.- ¡Villano!

QUIROGA.- Si no me turba la vista el resplandor de tu belleza, estamos solos; si mal no recuerdo, habías jurado que nunca a solas volverías a dirigirme la palabra.

ADELAIDA.- Le hablo a usted para decirle únicamente villano.

QUIROGA.- Cuando sale de una boca tan linda como la tuya es grato a mis oídos.

ADELAIDA.- ¿Por qué persigue usted a esa joven?

QUIROGA.- Ya dices algo más.

ADELAIDA.- ¿Por qué?

QUIROGA.- ¿La has mirado bien a la cara?

ADELAIDA.- ¿Por qué?

QUIROGA.- ¿No te parece muy bonita?

ADELAIDA.- (Acercándose a él rápidamente.) Pero Andrea te odia.

QUIROGA.- ¿De qué lo infieres, Adelaida?

ADELAIDA.- No te querrá nunca. Ni tú la quieres a ella. ¡Mentira!

QUIROGA.- Me quiere ya. La querré con el tiempo.

ADELAIDA.- ¿Te empeñas en labrar su desdicha?

QUIROGA.- Me empeño... La sinceridad es un defecto incorregible. Me empeño en vengarme de ti. Los medios de que para ello me valgo no dejan de tener alguna eficacia.

ADELAIDA.- ¿De que te he querido te vengas?

QUIROGA.- ¿Tú me has querido?

ADELAIDA.- (Irónicamente.) Yo a ti, no; tú a mí, sí.

QUIROGA.- Dos veces creí amar en mi vida. Me equivoqué una vez. ¡Ojalá que también me hubiese equivocado la otra! Una mujer, al fin, trocó mi corazón de rey en esclavo. Tú, Adelaida. Y nada callaré. Verme esclavo de una pasión me dio ira y vergüenza. Te amé porque no estuvo en mi mano evitarlo. Porque te amé, porque te idolatré, por eso empiezo a odiarte. No se a una mujer sin haberla querido mucho primero.

ADELAIDA.- Tú me querías, Leandro, ¿y yo a ti no? Exiges que a todo el mundo oculte nuestro cariño como secreto vergonzoso; tomas con el mayor afán precauciones para que nadie lo descubra; me amenazas con que no volveré a verte jamás si mi padre llega siquiera a sospecharlo; y yo, ciega de amor, acepto para un trato amoroso las condiciones de un pacto criminal. Quieres que huya contigo; osas proponerme que viva a tu lado, sin poderte llamar esposo. ¿Y yo lo oí? ¡Y yo después de haberlo oído no te aborrezco! ¿Y dices que no te amo? ¿Y dices que tú me quieres a mí? Dices cosas, a fe mía, que, aun diciéndolas tú, más que por un malvado parecen dichas por un loco.

QUIROGA.- Respóndeme. ¿No te he revelado yo mi falta de creencias? ¿No sabes que para mí no hay más Dios que la Naturaleza, creadora de lo que nuestros ojos ven y tocan nuestras manos? Pues jurándote amor y fidelidad en el templo de un Dios cuya existencia sabes que niego, ¿qué farsa hubiéramos representado tú y yo? Mi papel en ella, ridículo; tu papel, ridículo y abominable. Piensa qué es peor, Adelaida: si creer a medias o no creer.

ADELAIDA.- ¿Y por qué aguardaste a ser dueño de mi corazón para dejarme ver todos los horrores del tuyo?

QUIROGA.- ¿Y por qué, desdichada, habiendo en ti fuerza y brío para cruzar como águila espacios sin límite encendidos en la llama del sol, te dejas aprisionar por telas de araña en el estrecho y oscuro nido de las preocupaciones vulgares? Leve soplo bastaría para romper tales cadenas. Rómpelas, vida mía; y vuelve a quien tan sólo puede amarte como tú debes ser amada. ¿Me quieres más que a todo? Por última vez te lo pregunto. Más que a todo te querré yo. Habla.

ADELAIDA.- Con ese amor que tú me pides podrán quizá en otros pueblos del mundo amar las mujeres sin oprobio y deshonra.; aquí, en España, todavía ese amor tiene distinto nombre: se llama prostitución, se llama delito.

QUIROGA.- ¡Necio de mí! (Breve pausa, después de la cual dirígese hacia la segunda puerta de la derecha.)

ADELAIDA.- ¿Adónde vas?

QUIROGA.- ¿Qué derecho tiene usted, señorita, a pedirme cuenta de mis acciones?

ADELAIDA.- El que me da mi desventura y tu vileza.

QUIROGA.- Quitá; voy a ver si está ya más tranquila esa flor de los campos.

ADELAIDA.- No la verás.

QUIROGA.- ¿Sabes lo que hacía el perro del hortelano, Adelaida?

ADELAIDA.- Sé que no puede tener igual tu descaro.

QUIROGA.- Ni tu simpleza. Soy libre. Quedaron rotos para siempre los vínculos que nos unían.

ADELAIDA.- Une el amor estrechamente; el odio, más.

QUIROGA.- Pero ¿qué te propones?

ADELAIDA.- ¿Olvidarme? En hora buena; olvidame. ¿Ultrajarme? ¡Eso no!

QUIROGA.- ¿Cómo has de impedir, insensata, que Andrea me captive?

ADELAIDA.- Yo creo en Dios aún. ¡Maldígame Dios si llegas a obtener una sola caricia de Andrea!

QUIROGA.- ¿Me desafías?

ADELAIDA.- Sí.

QUIROGA.- Andrea será la amada de mi corazón.

ADELAIDA.- No; lo he jurado.

QUIROGA.- Yo juro que sí. ¡Por mi honor lo juro!

ADELAIDA.- ¡Por su honor! ¡Este hombre habla de honor!

QUIROGA.- Pronto la verás en mis brazos.

ADELAIDA.- De lo que un hombre infame es capaz, bien lo sabes tú; de lo que es capaz una mujer desesperada, no puedes ni soñarlo.

QUIROGA.- (Señalando a la primera puerta de la derecha.) ¡No grites!; si hubiera gente en esa habitación... Si alguien te oyera...

ADELAIDA.- Que me oigan. ¡No más fingimiento ni disimulo!

QUIROGA.- ¿Quieres agotar mi paciencia?

ADELAIDA.- (Dirígese hacia la segunda puerta de la derecha.) Quiero que sepa todo el mundo lo que tú no quieres que sepa nadie. Andrea va a saberlo ahora mismo.

QUIROGA.- Detente. Publicándolo, te castigarás a ti propia.

ADELAIDA.- Si yo anhelo ser castigada. La culpa tiene sed de castigo.

QUIROGA.- ¡Silencio!

ADELAIDA.- ¡No!

QUIROGA.- (Con tono amenazador.) ¡Silencio, o por mi vida!...

ADELAIDA.- ¿Qué? ¿Me amenazas? ¡Cobarde!

QUIROGA.- ¡Adelaida!

ADELAIDA.- El hombre que tiene valor para amenazar a una mujer, para esto no más puede tenerlo. ¿Y tú gozas entre los hombres fama de valiente? Los hombres deben ser muy mentecatos o muy viles. ¡Cobarde!

QUIROGA.- (Asiéndole violentamente una mano.) ¡Adelaida!

ADELAIDA.- ¡Ay! (Quejándose como si la hubiera lastimado.) Pero ¿usted sabe que me ha hecho daño? ¡Padre!(Gritando fuera de sí.) ¿No hay quien venga a escarmentar a un atrevido?

Escena VI

DICHOS, EL CONDE y JUANITO.

JUANITO.- ¿Gritaba usted?

EL CONDE.- ¿Qué pasa?

ADELAIDA.- Pasa que un hombre tan audaz como ruin se atreve a deshacerme una mano entre la suya, en justa pena de haber cometido yo la infamia de quererle.

QUIROGA.- ¡Oh!

EL CONDE.- (A JUANITO, manifestando mucho asombro.) ¡Juanito!

JUANITO.- (Como el CONDE, santiguándose.) ¡Ave María Purísima!

ADELAIDA.- Aparta. Voy a casa de Andrea.

QUIROGA.- Pero ¿has perdido la razón?

ADELAIDA.- Ahora estoy recobrándola; ahora que te desprecio.

QUIROGA.- No saldrás.

ADELAIDA.- (Ciega de ira.) ¿Que no?

EL CONDE.- (En tono de súplica.) Pero señor don Leandro...

JUANITO.- (Lo mismo.) Quiroguita...

ADELAIDA.- ¿Que no? ¡Ja, ja, ja! (Soltando una carcajada.) Se empeñó en hacerme reír, y al fin lo ha conseguido. Aparte usted.

QUIROGA.- ¿Qué remedio? Es usted una dama.

ADELAIDA.- Usted no es un caballero. (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

Escena VII

QUIROGA, EL CONDE y JUANITO.

QUIROGA.- (Con tono de cólera y amenaza.) Olviden ustedes lo que acaban de oír. ¡Ni una palabra a nadie! ¡A su padre, menos! ¿Lo entienden ustedes?

EL CONDE.- (Muy turbado.) Sí, señor...

JUANITO.- (Lo mismo.) Entendido.

QUIROGA.- ¡A nadie! (Vase por la segunda puerta de la derecha, ADELAIDA cruza el campo rápidamente de derecha a izquierda.)

Escena VIII

El CONDE y JUANITO. Ambos se llevan las manos a la cabeza y se pasean por el escenario en encontradas direcciones.

EL CONDE.- ¡Esto es inaguantable!

JUANITO.- ¡Esto es un horror!

EL CONDE.- ¡Y qué suerte de hombre! ¡Quererle una muchacha como Adelaida!

JUANITO.- Señor, ¿en que consistirá que los pillos tengan tanto partido con las mujeres?

EL CONDE.- La cosa es grave. Ella está muy enamorada, él es un Tenorio.

JUANITO.- Que yo sepa, ha seducido ya a cuatro solteras, ocho casadas y veinticinco viudas.

EL CONDE.- Nosotros somos amigos de su padre.

JUANITO.- Pecaríamos gravemente calládoselo.

EL CONDE.- ¡La amistad!...

JUANITO.- ¡El deber!...

EL CONDE.- Aunque ese matón lo lleve a mal...

JUANITO.- Que yo sepa, ha matado ya a uno en desafío y ha herido a nueve.

EL CONDE.- ¿Y qué? ¡Se trata de cumplir una obligación! (Quedándose un instante suspenso.) Aunque bien mirado, esto de mezclarse en negocios ajenos...

JUANITO.- Ya conoce usted el refrán: Lo que no has de comer...

EL CONDE.- ¡Cuando uno tiene hijos!

JUANITO.- Si a mí me sucediese algo -¡pobre mamá!-, de fijo se moría.

EL CONDE.- No, señor, no; un hombre de bien no se debe meter en líos.

JUANITO.- Que se lo diga su hija, si quiere.

EL CONDE.- (Tomando un polvo.) Lo que es yo, como si no supiera nada.

JUANITO.- (Comiéndose un caramelo.) Yo tengo una memoria fatal.

Escena IX

Dichos y DON LORENZO.

DON LORENZO.- (Entrando muy sofocado por la segunda puerta de la derecha.) ¡Si lo que a uno le sucede!...

EL CONDE.- ¿Eh?

JUANITO.- (Bajo, al CONDE.) ¿Lo sabrá ya?

DON LORENZO.- ¿A qué no adivinan ustedes quién se me ha metido por las puertas adentro?

EL CONDE.- A ver.

DON LORENZO.- ¿No oyeron ustedes hablar en Madrid de un bandido famoso, llamado el Tuerto, que había matado a su madre anciana y a su mujer recién parida?

EL CONDE.- ¡Pues no! ¡Si hubo una consternación general!

JUANITO.- A mí me dio un síncope cuando me lo contaron. ¡Qué fiero!

DON LORENZO.- Ahí está.

EL CONDE.- (Dando un respingo y mirando hacia atrás) ¿Ahí?

JUANITO.- (Muy sobresaltado, mirando en todas direcciones.) ¿Dónde?

DON LORENZO.- Trataba de ganar la frontera, y, descubierto y perseguido por una pareja de la guardia civil, se ha refugiado en esta casa.

JUANITO.- ¿Aquí?

EL CONDE.- ¡Demonio!

DON LORENZO.- ¿Ven ustedes qué desgracia la mía?

EL CONDE.- ¿Y usted qué ha hecho?

DON LORENZO.- ¡Toma! Recibirle, esconderle, desorientar y despedir con cajas destempladas a los guardias civiles, que han llegado poco después, echando el alma por la boca... Sí; ¡pues bonito es el niño para que se ponga uno mal con él!

EL CONDE.- ¡Friolera!

JUANITO.- ¡Digo!

DON LORENZO.- ¡Un bárbaro que mata a su madre y a su mujer!

EL CONDE.- ¡Y es tuerto!

JUANITO.- ¡Pues si tuviera dos ojos!...

EL CONDE.- Trátale usted bien, don Lorenzo.

JUANITO.- Con mimo, ¿eh? Con mucho mimo.

DON LORENZO.- ¡A cuerpo de rey! Ya he dicho que le den de comer y de beber, y todo lo que pida.

JUANITO.- Y, oiga usted, ¿es muy feo?

DON LORENZO.- ¿Qué sé yo? Si creerá usted que cuando uno tiene delante un hombre así, ve, ni oye, ni entiende.

EL CONDE.- ¿Y está muy asustado?

DON LORENZO.- Antes, un poco; ahora tan fresco, y hasta chancero y decidor. Hablando queda con Quiroga.

EL CONDE.- Los dos pueden entenderse muy bien.

DON LORENZO.- Con que hay que ver cómo le ponemos en salvo.

EL CONDE.- Sí, no vayan a echarle el guante.

JUANITO.- ¡Esos guardias civiles son tan sagaces y tan pícaros!...

DON LORENZO.- (Con risita de satisfacción, restregándose las manos.) ¡Qué! Si han vuelto atrás. Los engañé como a unos chinos.

EL CONDE.- De todas maneras, cuente usted con nosotros.

JUANITO.- Todo lo que haya que hacer en obsequio de ese pobrecito...

DON LORENZO.- Bien; gracias. Pero ¡qué mozo!, ¿eh? ¡Qué tigre!

EL CONDE.- ¡Y vaya una Policía! ¡Vaya un Gobierno! ¡Haber dejado escapar a un monstruo como ése! (Con tono declamatorio.)

JUANITO.- ¡Si no se va a poder vivir en el mundo!

DON LORENZO.- ¡Dios tenga piedad del género humano! (Saca la petaca y enciende un cigarro.)

EL CONDE y JUANITO.- ¡Amén! (El CONDE, tomando un polvo, y JUANITO, echándose un caramelo a la boca. Breve pausa.)

DON LORENZO.- ¡Oh, Damián! (Viéndole cruzar el campo de izquierda a derecha.) ¡Y viene hablando solo! Algo trae. No faltaba más sino que éste me armase ahora otra pelotera. ¡Cuando él logre pescarme!... (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

Escena X

EL CONDE, JUANITO, y a poco DAMIÁN.

EL CONDE.- ¿Sabe usted, Juanito, que sería prudente buscar un pretexto para salir corriendo, corriendo, de esta Babel?

JUANITO.- Yo estoy ya que se me puede ahogar con un cabello. Sí, señor; vámonos.

DAMIÁN.- ¿Qué ha hecho don Lorenzo? (Con vehemencia, entrando por la segunda puerta de la derecha.)

EL CONDE.- ¿Qué ha hecho?

JUANITO.- (Enfadado viene.)

DAMIÁN.- Supongo que le habrá arrojado ya de aquí.

JUANITO.- ¿A quién? ¿Al Tuerto? ¡Bueno fuera!

DAMIÁN.- ¿Qué Tuerto? Al señor Quiroga.

EL CONDE.- ¿A Quiroga? ¿Está usted en su juicio?

DAMIÁN.- Pero ¿no lo sabe ya todo?

JUANITO.- ¿Qué?

DAMIÁN.- ¿No sabe ya que ese hombre enamora a su hija?

EL CONDE.- ¡Ah!

JUANITO.- ¡Ah!

DAMIÁN.- ¿No se lo han dicho ustedes?

EL CONDE.- Yo...

JUANITO.- Nosotros...

DAMIÁN.- Pero ¿trataban ustedes de ocultárselo?

EL CONDE.- ¡Toma usted las cosas de un modo!

JUANITO.- Es mucho que no pueda uno vivir en paz con tirios ni troyanos. (Muy apurado.)

DAMIÁN.- ¿Dónde está don Lorenzo?

EL CONDE.- Está... Creo que se ha ido por allí.

JUANITO.- Mire usted que el señor Quiroga nos ha manifestado su formal empeño de que no se le diga nada.

DAMIÁN.- Ya.... sí.... y por eso ustedes... (Procurando en vano reprimir su indignación.) Doblemos la hoja. Basta.

EL CONDE.- Yo se lo advierto a usted, porque luego...

JUANITO.- Nosotros le queremos a usted bien, y...

DAMIÁN.- De su cariño de ustedes y del cólera morbo líbreme Dios. (Dirigiéndose hacia la segunda puerta de la izquierda.)

Escena XI

DICHOS y QUIROGA.

QUIROGA.- Señor Ortiz... (Llamándole al aparecer en la segunda puerta de la derecha.)

DAMIÁN.- Caballero... (Deteniéndose ya cerca de la segunda puerta de la izquierda.)

QUIROGA.- Tenga usted la bondad de oír una palabra.

DAMIÁN.- Diga usted. (Sin acercarse a él.)

EL CONDE.- Juanito... (Dándole a entender que se deben ir.)

JUANITO.- Ya verá lo que es bueno. (Bajo al CONDE.)

EL CONDE.- ¡Si no hace más que tonterías! (Vanse los dos por la segunda puerta de la derecha.)

Escena XII

DAMIÁN y QUIROGA. A gran distancia el uno del otro.

QUIROGA.- ¿Se ha encontrado usted en el camino a esa muchacha?

DAMIÁN.- Sí, señor. (Sin mirarle.)

QUIROGA.- ¿Le ha contado a usted algo?

DAMIÁN.- Sí, señor. (Breve pausa.)

QUIROGA.- ¿Quiere usted que seamos amigos?

DAMIÁN.- No, señor. (Con rapidez.)

QUIROGA.- Categórica es la respuesta.

DAMIÁN.- ¿Desea usted preguntar algo más?

QUIROGA.- Sí. ¿Qué piensa usted hacer?

DAMIÁN.- No es difícil adivinarlo.

QUIROGA.- ¿Contárselo a su padre?

DAMIÁN.- Ahora mismo.

QUIROGA.- ¿Sí?

DAMIÁN.- Sí. (Con firmeza, pero sin arrogancia.)

QUIROGA.- ¿Sabe usted a lo que se expone? (DAMIÁN, sin responderle, echa a andar. QUIROGA, corriendo, llega primero que él a la segunda puerta de la izquierda.) ¡Eh, don Lorenzo! (Llamándole a voces.) Lorencito del alma, venga usted aquí.

DAMIÁN.- ¿Usted le llama?

QUIROGA.- Yo.

Escena XIII

DICHOS y DON LORENZO.

DON LORENZO.- ¿Qué se ofrece? ¡Damián! (Con disgusto, reparando en él.)

QUIROGA.- El amigo Damián, que tiene grandes cosas que revelarle a usted.

DON LORENZO.- No quiero saberlas. No está ya hoy mi cabeza para más trapisondas.

QUIROGA.- Es preciso que le oiga usted, y a mí cuando él haya acabado. Hasta luego, hijo mío. (A DON LORENZO.) Hasta luego, señor Ortiz. (Con tono irónicamente amenazador.)

DAMIÁN.- Hasta luego. (Con firmeza y sin arrogancia, como antes. QUIROGA se va por la segunda puerta de la derecha.)

Escena XIV

DON LORENZO y DAMIÁN.

DON LORENZO.- Ea, despache usted; ¿Qué hay?

DAMIÁN.- ¿Qué cree usted que pasaría pudiendo el lobo cuando se le antojara, acercarse a la oveja?

DON LORENZO.- No lo sé. ¡No me sofoque usted, por María Santísima!

DAMIÁN.- Por María Santísima tengo que sofocarle a usted.

DON LORENZO.- Se quedará usted con la gana. ¡Abur! (Retirándose.)

DAMIÁN.- Si no me diera usted lástima...

DON LORENZO.- ¿Qué? (Deteniéndose.)

DAMIÁN.- Me daría usted risa.

DON LORENZO.- ¡Damián! (Volviendo.) Esto va pasando de castaño oscuro. Usted abusa de mi benevolencia. Si antes fue usted mi amigo, ahora -recuérdelo usted- ahora...

DAMIÁN.- Ahora no soy más que su criado de usted. Pues bien: el criado, viendo que en casa de su amo hay ladrones, y que su amo, con el mayor sosiego del mundo, duerme a pierna suelta, cree que le debe llamar, y le llama; pero el buen señor tiene el sueño de plomo, y -¿qué remedio?- el criado le ase de un brazo y le sacude violentamente, y con toda la fuerza de sus pulmones le grita: «¡Eh, vamos, abra usted los ojos, despierte usted, que si no, antes de que haya usted sacudido ese maldito sueño, le habrán robado su tesoro!»

DON LORENZO.- ¿Qué me quiere usted decir? (Dando señales de vivo interés y turbación.) No le entiendo a usted.

DAMIÁN.- Y el amo se mueve y habla al fin; pero aún no entiende a su criado. ¡Ya se ve: de un sueño profundo no puede uno despertarse de golpe! ¡Su hija de usted ama a Quiroga!

DON LORENZO.- ¡Jesús! (Con asombro y terror.)

DAMIÁN.- Con inocencia todavía; dé usted gracias a Dios. Quiroga ha osado proponerle que huya con él para ser su manceba.

DON LORENZO.- ¿Qué dice usted? ¡Si no es posible! ¡No es posible!

DAMIÁN.- El amo se restriega los ojos porque la luz se los ofende.

DON LORENZO.- ¿No hace el amor a esa aldeana?

DAMIÁN.- Para vengarse de Adelaida, que rechazó su vil intento.

DON LORENZO.- ¿Quién le ha engañado a usted? ¿Quién le ha contado ese disparate?

DAMIÁN.- Su hija de usted me lo ha contado.

DON LORENZO.- ¡Mi hija!

DAMIÁN.- ¡Está fuera de sí la cuitada! ¡Está celosa!

DON LORENZO.- Pero ¿es verdad?

DAMIÁN.- El conde y Juanito han sido testigos de su desesperación.

DON LORENZO.- ¡Ellos lo sabían!

DAMIÁN.- Sí, señor; lo sabían.

DON LORENZO.- ¡Y no me han dicho nada!

DAMIÁN.- ¡Ca!, no, señor; esos caballeros son muy hombres de bien.

DON LORENZO.- ¡Dios mío, si no puedo creerlo!

DAMIÁN.- ¿No puede usted creer que un infame haga infamias? ¿Qué diablos puede usted creer?

DON LORENZO.- ¡Habiéndole recibido en mi casa! ¡Habiéndole tratado como a un amigo!

DAMIÁN.- Por eso cabalmente. Depositar confianza en un bribón de quien sabe uno que no la merece, ¿Qué es sino autorizarle para que abuse de ella?

DON LORENZO.- Pero si usted no comprende aún toda la odiosidad de su culpa. De su culpa, sí; de su crimen. ¡Damián!... ¡Qué horror!... (Sin atreverse a continuar.) ¡Damián!... ¡Es casado! (Con acento de desesperación.)

DAMIÁN.- ¡Casado!

DON LORENZO.- Allá en América... Un matrimonio secreto... Una de las suyas... Se valió de mí...

DAMIÁN.- ¿Y usted le ayudó también entonces?

DON LORENZO.- Dejó abandonada a su mujer... Volvió a España sin ella... Quiso que le guardara el secreto... Me rogó que nada dijese...

DAMIÁN.- ¿Y usted no dijo nada? ¿Y ese hombre ha podido obtener de una y otra cándida virgen que le admitiese por amante con la legítima esperanza de que el amante se trocara en esposo? ¿Y usted, conociéndole, usted, no satisfecho con tan aborrecible engaño, coge de la mano al seductor y le trae a su casa? ¡Dios justiciero! Necesitaba un cómplice el seductor... ¡Le halló en el padre de la víctima!

DON LORENZO.- ¡Damián, por compasión!

DAMIÁN.- Que se hagan picardías por algo que se apetezca o ambicione, ya me lo explico, ya lo entiendo; el hombre tiene pasiones violentas y ruines apetitos; pero que se hagan sin necesidad, ni provecho, ni gusto, ¡vive Dios que esto es lo que no puedo entender! La infamia bien retribuida me indigna menos que la infamia de balde.

DON LORENZO.- Bien..., sí; pero no perdamos el tiempo. Yo estoy aturdido... Aconséjeme usted... ¿Qué le parece a usted que hagamos?

DAMIÁN.- ¿Qué hemos de hacer? Dejar que ese caballero siga adelante en el empeño de seducir a su hija de usted. Y mientras lo consigue, nosotros diremos que no somos Quijotes, y nos lavaremos muy bien las manos, y declamaremos contra los males de la sociedad a lengua batiente. Verá usted.

DON LORENZO.- ¡Damián!

DAMIÁN.- ¡La sociedad está perdida (Imitando el tono declamatorio de DON LORENZO, y paseando muy de prisa, como él acostumbra hacerlo.) ¡La corrupción es universal! ¡No hay quien pueda con los bribones! ¡Desdichados de los hombres de bien! ¿Quiere usted un cigarro? (Sacando la petaca y ofreciéndoselo.)

DON LORENZO.- ¡Es usted implacable!

DAMIÁN.- Señor don Lorenzo, aquí estoy a su lado de usted; disponga usted de mí, de mi vida.

DON LORENZO.- Gracias; Dios se lo premie a usted. ¿Qué haremos?

DAMIÁN.- ¿Qué? Sacarle de aquí arrastrando.

DON LORENZO.- ¡Por los clavos de Cristo! Eso no... Merecía que le matase... Es verdad... (Con ira.) Pero más ruido... (Cambiando de tono.) Otro escándalo... Ya sabe usted que los hombres de bien no servimos para estas cosas.

DAMIÁN.- ¡Dale! Ya sé que los hombres de bien no sirven para nada.

DON LORENZO.- Bastante grande es mi desdicha. No la empeoremos en vez de remediarla. Calma... Prudencia...

DAMIÁN.- No, no; si hay que tener prudencia... no cuente usted conmigo; yo -bendito Dios- no la gasto.

Escena XV

DICHOS y QUIROGA.

QUIROGA.- (Apareciendo en la segunda puerta de la derecha.) ¡Charlando todavía!

DON LORENZO.- (Como asustado de la imprudencia de Quiroga.) ¿Eh?

QUIROGA.- (Desde la puerta.) ¿Va a durar la plática hasta el día del Juicio?

DON LORENZO.- (Bajo, a DAMIÁN.) Pero ¿es creíble su impudencia?

DAMIÁN.- (Como si quisiera arrojarse sobre QUIROGA.) Si no mirara...

DON LORENZO.- ¡Quieto! (Bajo, conteniéndolo.) Yo soy quien debe confundirle. Déjeme usted solo con él.

DAMIÁN.- Que se vaya al punto de aquí o de nada respondo.

DON LORENZO.- Se irá. (Vase DAMIÁN por la segunda puerta de la izquierda, dirigiendo a QUIROGA miradas de amenaza.) (No sé qué experimento al verle.) (Manifestando turbación y terror.)

Escena XVI

DON LORENZO y QUIROGA.

QUIROGA.- (Acercándose a él.) El señor Ortiz le ha contado a usted que su hija me quiere.

DON LORENZO.- Con efecto...; eso me ha contado; y como usted ve, el asombro y la indignación apenas me permiten hablar.

QUIROGA.- Razón sobrada tiene usted para enojarse. Yo, en su lugar de usted, me hubiera irritado más todavía.

DON LORENZO.- Celebro en el alma, caballero, que usted reconozca el derecho que me asiste a pedirle severa cuenta de proceder tan incalificable.

QUIROGA.- Lo que es yo, a decirseme que un hombre casado galanteaba a una hija mía, creo que sin darle tiempo a disculparse le hubiera acogotado.

DON LORENZO.- (¿Se burla este demonio?)

QUIROGA.- Usted, como persona de juicio, no habrá podido menos de considerar que las apariencias engañan, y que no se debe condenar a nadie sin oírle primero.

DON LORENZO.- Siendo cierta la culpa, ¿Qué alegará usted en su abono?

QUIROGA.- Calma, y óigame usted.

DON LORENZO.- Enhorabuena: veamos lo que usted se atreve a decirme.

QUIROGA.- Pues ya sabe usted que su hija es hechicera.

DON LORENZO.- ¿Y qué?

QUIROGA.- Que yo solía echarle flores. No trato de atenuar mi falta; pero cuando uno está al lado de una mujer bonita, ¿que ha de hacer?

DON LORENZO.- (No podrá contenerme.)

QUIROGA.- Adelaida lo tomó por lo serio, y se enamoró de mí.

DON LORENZO.- (Dando señales de impaciencia.) Adelante.

QUIROGA.- ¿Qué remedio? Resolví dejarme querer.

DON LORENZO.- (Exasperado.) ¿Sí?

QUIROGA.- Sí, señor; en obsequio de ella y de usted.

DON LORENZO.- A ver, explíqueme usted ese acertijo.

QUIROGA.- Me figuré que aquello no sería más que fugaz capricho de niña, y que no oponiéndole resistencia, pasaría más pronto. Me equivoqué. ¡Ay, amigo mío, no hay en la tierra dos mujeres iguales! Creí llegado el caso de romper con ella bruscamente, y al efecto le dije que yo tenía hecho voto de no casarme nunca. ¡Me parece que el sinapismo...! Pues, señor, tampoco este sinapismo dio el resultado apetecible. Se la trajo usted aquí. Vi el cielo abierto. Pero cuando vine con intención de hacerle a usted una visita de media hora, usted se empeñó en que me detuviera algún tiempo a su lado. Y ¡Qué terco se puso usted! Si aquel día soy basilisco, le mato a usted con los ojos. Me quedé para completar mi obra enamorando a esta zafia campesina, en quien había reparado al venir. Era otro sacrificio. ¿Y qué? Yo no debía omitir ninguno a fin de corresponder como buen caballero a la amistad de que a usted soy deudor, curando radicalmente a su hija. ¿Qué tal? A ver, santo varón, dígame usted que más podía yo haber hecho.

DON LORENZO.- (¡Si es cosa de matarle!)

QUIROGA.- ¿No responde usted? Cuando presumí que se me darían las gracias...

DON LORENZO.- (¡Esto más!)

QUIROGA.- Que se me tenderían los brazos...

DON LORENZO.- Pero ¿se burla usted?

QUIROGA.- ¿Burlarme? ¿Duda usted acaso de la sinceridad de mis palabras? ¿Le parece a usted que, a ser mi intención conseguir favores de Adelaida, no los hubiera

conseguido? Mal me conoce usted, muy mal; y, ¡vive Dios!, que si me hiciera usted caer en la tentación de probarle que se equivoca...

DON LORENZO.- No, no, si yo no dudo...; pero...

QUIROGA.- Pero ¿Qué? Hable usted con franqueza.

DON LORENZO.- ¿Por qué no declaró usted a mi hija que era casado?

QUIROGA.- ¡Revelar a una muchacha mi secreto!

DON LORENZO.- ¿Y por qué no me dijo usted a mí lo que sucedía?

QUIROGA.- Porque entonces usted se lo hubiera revelado. Aun ahora temo que falte usted a la palabra que me tiene dada, y no estará de más advertirle que si a ella faltase alguna vez... (Con tono de amenaza.)

DON LORENZO.- (¡Caramba, y yo que se lo he dicho al otro!) (Con susto.)

QUIROGA.- Ahora, en prueba de mis hidalgas intenciones, estoy resuelto a obedecerle a usted con los ojos cerrados. ¿Sigo enamorando a esa chica, o me voy? Elija usted...

DON LORENZO.- Yo preferiría...

QUIROGA.- Que me fuese, ¿verdad?

DON LORENZO.- ¿No cree usted que esto sería lo más acertado?

QUIROGA.- Yo haré lo que usted mande. Acabo de hablar con ese hombre, a quien persigue la justicia. Me ha conmovido; yo compadezco todo género de infortunios. Verá usted lo que se puede hacer. Ustedes, a la hora de costumbre, se acuestan, y allá a las dos o las tres de la madrugada tomo su coche de usted; con un traje de cochero se encarga de guiarle ese hombre, y nos vamos juntos los dos.

DON LORENZO.- Bien; por mí...

QUIROGA.- Pero convendrá que con alguna anticipación salgan delante de nosotros, a pie, Miguel y Antonio, a fin de que vayan explorando el camino y puedan avisarnos de cualquier peligro que pudiera haber en seguir adelante, o darnos ayuda en caso de necesidad. En Irún recogerían el coche y se volverían con él. ¿Eh?

DON LORENZO.- Bueno; sólo que como todavía no tengo aquí más que esos dos criados...

QUIROGA.- ¿Y qué? No se han de ir hasta que ustedes se hayan acostado, y a las nueve de la mañana estarán ya de vuelta.

DON LORENZO.- Corriente. (¡Con tal de que se vaya!)

QUIROGA.- ¡Ah! Otra cosa. Oyéndole a usted hablar de sus viajes, he resuelto visitar este año gran parte de Europa. Dos mil duros le trajeron a usted días pasados de San Sebastián; deme usted mil.

DON LORENZO.- ¿Qué?

QUIROGA.- En Madrid se los devolveré a usted cuando nos veamos.

DON LORENZO.- Pero...

QUIROGA.- ¡Cómo! ¿No quiere usted dármelos? Enhorabuena. Está usted en su derecho. Pero no será porque desconfíe usted de mí, ¿eh? ¡Si tal supiera!...

DON LORENZO.- No, señor, no..., sino que...

QUIROGA.- Hasta ahí podían llegar las bromas.

DON LORENZO.- Pero si yo...

QUIROGA.- Pediré a Madrid ese dinero por telégrafo... ¡Verdaderamente que no he dado en toda mi vida mayores pruebas de paciencia! Supongo que por dos o tres días más que yo esté aquí...

DON LORENZO.- No; si usted no ha entendido... Es que no recordaba si tenía con efecto ese dinero disponible. Con que ¿mil duros?

QUIROGA.- Ya no los tomo; no señor.

DON LORENZO.- Le aseguro a usted...

QUIROGA.- ¡Porque he dado a un padre cierto género de explicaciones, se figuran que voy a dejarme sopapear!

DON LORENZO.- Vamos, ¡por favor!

QUIROGA.- ¡Le he dispensado a usted ya tantos!

DON LORENZO.- Uno más. Hombre, ¡admita usted ese pico, por el amor de Dios!

QUIROGA.- ¡Qué pesadez! Lo admitiré. ¡Hagamos el último sacrificio! Ya puede usted agradecermelo.

DON LORENZO.- Seguramente... (¡Maldito seas!) ¿Los quiere usted ahora?

QUIROGA.- No hay prisa; tráigamelos usted.

DON LORENZO.- Al momento. (Dirígese hacia la segunda puerta de la izquierda.)
(¡Mil duros! ¡En fin, que se vaya!)

QUIROGA.- ¡Chis! (Llamándole.) ¡Don Lorenzo! En oro, ¿eh?

DON LORENZO.- Por supuesto, en oro. (¡Qué bribón, Dios mío, qué bribón!) (Vase por la puerta antes indicada.)

Escena XVII

QUIROGA.- ¿Qué sería de uno si en el mundo no hubiera hombres tan de bien como éste? A fe que es un bendito. (Breve pausa.) Algo caro se hace pagar el Tuerto. Si él no está ahora en la situación más a propósito para acometer nuevas aventuras, yo, en cambio, le proporciono disfraz y medios convenientes para la huída. ¿Qué importa? Le daré lo que pide. A bien que paga don Lorenzo. Adelaida ha de arrepentirse de haberme obligado a quererla para reírse luego de mí. No veo el instante de humillarla y desgarrarle el corazón. Andrea es divina; su humildad, su candor, hacen de ella un tipo singularísimo, que yo no conocía hasta ahora. Por mi vida, que no me vengo mal.

Escena XVIII

QUIROGA y DAMIÁN.

QUIROGA.- (Hola, el señor Ortiz). (Viéndole entrar por la puerta segunda de la izquierda.) (Despachemos con éste. Buenas ganas le tengo, y siquiera se ha de llevar un susto. Por otra parte, si no le hago mío por el miedo, conviene lisiarle un poco para que no pueda estorbar.) ¿Sabe usted lo que digo, señor Ortiz?

DAMIÁN.- ¿Qué dice usted? (Acercándose muy tranquilo.)

QUIROGA.- Que soy grande apasionado de la simetría, bien que sin negar que por sí sola, no constituye la belleza.

DAMIÁN.- ¿También de estética sabe usted algo? Es usted un pozo de ciencia.

QUIROGA.- Digo, pues, que cualquiera falta de simetría me lastima los ojos. Y de ahí que no pueda ver con sosiego las piernas de usted; por lo cual me ha de permitir que le tuerza la que aún tiene derecha, para que las dos se queden iguales.

DAMIÁN.- Eso no sería difícil. ¡Ojalá que con tanta facilidad se pudiese enderezar un alma torcida!

QUIROGA.- Sepamos: ¿con qué prefiere usted que se le haga la operación, con plomo o con acero?

DAMIÁN.- Usted intente corregir mi deformidad con acero o con plomo, según lo que le parezca mejor, que yo, a mi vez, procuraré hacerle a usted análogo servicio con lo primero que halle a mano.

QUIROGA.- Creo que no me ha entendido usted. Le propongo un duelo. A mis ojos, todos los hombres son iguales.

DAMIÁN.- A los míos, no; a los míos, se diferencian mucho los hombres por de fuera, mas aún por de dentro.

QUIROGA.- Vendremos, de todos modos, a parar en que, batiéndose conmigo, será usted el honrado.

DAMIÁN.- Tratar con intolerable altivez a los hombres el mismo que los declara iguales, no es cosa tan rara que pueda coger a nadie de susto.

QUIROGA.- ¿Hay gran vanidad en presumir que yo valgo un poco más que usted?

DAMIÁN.- Según y conforme. No se mide bien a los hombres sino midiéndolos por el alma, y así medidos, puede resultar el que parecía pequeño, grande, y el que parecía grande, pequeño.

QUIROGA.- El diablo que le entienda a usted, señor Ortiz; unas veces, absolutista, y otras veces, demócrata.

DAMIÁN.- Ahí verá usted. Consecuencias de no haber vuelto a estudiar nada de política desde que aprendí en la escuela el Catecismo de Ripalda.

QUIROGA.- En resumen: ¿quiere usted batirse conmigo?

DAMIÁN.- No señor.

QUIROGA.- ¿Prefiere usted que le apalee?

DAMIÁN.- Menos todavía.

QUIROGA.- ¿Qué he de hacer entonces?

DAMIÁN.- Dejarme en paz.

QUIROGA.- Mucho teme usted a la muerte.

DAMIÁN.- Como que me hace falta la vida para seguirle a usted los pasos.

QUIROGA.- ¿Tiene usted apego al oficio de polizonte?

DAMIÁN.- Si el mundo estuviera bien constituido, ¿qué oficio más honroso que el de vigilar a los malos para que no pudieran dañar a los buenos?

QUIROGA.- Y de mí, ¿qué es lo que usted recela?

DAMIÁN.- Sé que piensa usted partir esta noche con un bandido.

QUIROGA.- Y de eso, ¿qué deduce usted, cojitranco de los demonios?

DAMIÁN.- Nada. Usted, con arreglo a sus teorías sobre la igualdad de los hombres, imaginará, sin duda, que de usted a un bandido no va el canto de un duro.

QUIROGA.- Será preciso valerme del palo, y no de las manos, porque temería manchármelas.

DAMIÁN.- Don Lorenzo... En fin, don Lorenzo es todavía mi amo; nada debo decir de él. Dios le ayude. Pero si don Lorenzo nada ha sospechado, o nada ha querido sospechar, yo, a quien jamás pareció dama de mucha sinceridad la filantropía, necesariamente he debido estimar algo sospechoso ese filantrópico anhelo de salvar, con riesgo propio, a un forajido, tomando para ello muy singulares precauciones. Ni podrá nadie, que no sea pariente del vecino más famoso de Coria, imaginar de usted que, teniendo a nuestros ojos empeñada su vanidad de seductor incomparable, va a marcharse buenamente de aquí sin procurar por algún medio rescatarla, sin dejar en el camino rastro de vergüenza y dolor, como señal de su nueva lucha y victoria. ¿Quién es la amenazada? ¿La aristocrática señorita o la moza plebeya? ¿Qué género de riesgo amenaza a la una o la otra? Confieso que aún no lo adivino. Pero, en todo caso, tal vez habrá usted raciocinado así: «Este Damián, este cojitranco de los demonios, ha osado ya provocar mi furor, y puede ser obstáculo a la ejecución de mis planes; conviene, pues, por ambos motivos vencerle con el miedo o inutilizarle con algún daño.» ¿Digo bien? ¿He puesto el dedo en la llaga? De fijo que sí; lo juraría, según lo que aprieta usted los dientes. Pues ha echado usted sus cuentas sin la huésped. Quizá en otra ocasión, por el afán de conseguir la honra con que usted se digna brindarme, hubiera acallado los escrúpulos de una conciencia pusilánime y ruin; pero hoy que veo amenazado al desvalido por aleve opresor, ya que arriesgue mi vida, quiero arriesgarla con provecho. Usted, sin duda, puede atentar a ella, dejándose de vanas formalidades; y por si tal designio llegase usted a concebir, leal y caritativamente debo advertirle que mire bien lo que hace, que procure acabarme de un solo golpe, de uno solo; porque si alguna vida me queda, aunque no sea más que un poco de vida, con ese poco me ha de bastar para arrancarle a usted el corazón y cumplir mi antojo de ver que hechura tiene un corazón tan execrable.

QUIROGA.- A los insultos de usted, ¡villano!, sólo puedo yo dar una contestación: ésta. (Ciego de ira, levantando la mano para dar a DAMIÁN una bofetada.)

DAMIÁN.- Pues esa contestación, ¡canalla!, no se me da a mí. (Sujetando a QUIROGA el brazo con una mano.)

QUIROGA.- ¡Oh, suelte usted! (Como fuera de sí.)

DAMIÁN.- Ya que otra cosa no, debo a la Naturaleza nervios, capaces de hacerle a usted polvo los huesos. (Oprimiéndole fuertemente el brazo y soltándole después con violencia.)

QUIROGA.- ¡Va usted a morir! (Retirándose. Toma de encima de la mesa el bastón, y desnuda el estoque para acometer con él a DAMIÁN.)

DAMIÁN.- ¿Cuál de los dos? (Cogiendo una silla y levantándola en el aire.)

Escena XIX

DICHOS, DON LORENZO, y después, EL CONDE y JUANITO. DON LORENZO entra por la segunda puerta de la izquierda con dos líos de dinero en la mano.

DON LORENZO.- ¡Oh! (Dando un grito al ver a QUIROGA y a DAMIÁN.) ¡Damián! ¡Quiroga! (Dejando el dinero en una mesa y acercándose a ellos)

EL CONDE.- ¡Ya se armó! (Entrando por la segunda puerta de la derecha.)

JUANITO.- ¡Jesucristo! (Entrando por la misma puerta.)

DON LORENZO.- ¡Quiroga, por Dios! (Acercándose a él.)

QUIROGA.- ¡Ese hombre ha osado ultrajarme horriblemente! ¡Ese hombre ha puesto en olvido que yo soy un caballero y él un criado infame!

DAMIÁN.- ¡Terrible calamidad que en una sastrería se pueda hacer un caballero!

QUIROGA.- Señor don Lorenzo, todavía estoy en su casa de usted; castigue la insolencia de ese criado, o, después de matarle a él, tendré que pedirle a usted cumplida satisfacción de la injuria.

DON LORENZO.- Dice bien el señor Quiroga. Damián, en mi casa... (Yendo hacia él.)

DAMIÁN.- En su casa de usted no respetaré ni a usted mismo, si llega su avilantez al extremo de aparentar enojo contra quien le defiende, por halagar a quien ha querido corromper a su hija.

QUIROGA.- Prohíbale usted decir una sola palabra más; prohíbaselo usted.

DON LORENZO.- ¡Silencio, Damián! Yo sé quién es este caballero y...

DAMIÁN.- Usted sabe y dice que es un pícaro redomado.

DON LORENZO.- ¿Yo?

EL CONDE.- ¡Qué insolencia!

JUANITO.- ¡Qué hombre!

DAMIÁN.- Y también el señor Conde, y también ese caballerito le tienen a usted por un tunante.

JUANITO y EL CONDE.- ¿Yo?

QUIROGA.- Si estos caballeros han dicho eso de mí, no me lo negarán cara a cara.

EL CONDE.- ¿Puede usted creer?... (Yendo hacia él lleno de espanto.)

JUANITO.- Trata de enzarzarnos para sacar el ascua con mano ajena. (Yendo también hacia QUIROGA con los brazos abiertos y muy compungido.)

DON LORENZO.- Está delirando. ¿No lo conoce usted? (Acercándose también a QUIROGA, lleno de ansiedad.)

DAMIÁN.- Desenójnle ustedes; humíllense ustedes. Dicen algunos que primero fue mono el hombre, y dicen bien, porque se ve que el hombre vuelve ahora a ser mono.

EL CONDE.- Estamos en su casa de usted, don Lorenzo. (Enérgicamente.)

JUANITO.- Lo mismo que dijo a usted antes Quiroga, le decimos nosotros.

QUIROGA.- Yo le castigaré. (Queriendo ir hacia DAMIÁN. EL CONDE y JUANITO le detienen.)

DON LORENZO.- Váyase usted, Damián. Salga usted de mi casa.

DAMIÁN.- No ha echado usted al otro; echarme a mí es hacerme justicia. Pero sépalo usted: ese hombre medita una infamia.

QUIROGA.- ¿Lo ve usted? ¡Quiere que le asesine! (Queriendo arrojarse sobre DAMIÁN. DON LORENZO, EL CONDE y JUANITO le detienen.)

DON LORENZO.- Déjele usted.

EL CONDE.- No le haga usted caso.

JUANITO.- Despréciele usted, como yo.

DAMIÁN.- ¡Una infamia! Quizá contra la hija de aquel anciano desvalido, quizá contra su hija de usted. ¡Ay de la una o de la otra!

QUIROGA.- Suéltenme ustedes y acabaré con él; si no -véanlo ustedes- me va a matar a mí el coraje. (Trémulo y ahogado por la ira.)

DON LORENZO.- Cállese usted, amigo mío. (Con la mayor solicitud.) ¡Salga usted al momento! (Furioso, a DAMIÁN.)

EL CONDE.- ¡Tiene usted los ojos inyectados de sangre! (Observándole con ansiedad.) ¡Fuera de aquí! (Muy irritado, a DAMIÁN.)

JUANITO.- ¡Le arde a usted la frente! (Tocándosela.) ¡Salga usted, asesino! (A DAMIÁN, con vehemencia.)

DON LORENZO.- Siéntese usted. (Acercando apresuradamente una silla y haciendo que QUIROGA se siente.)

EL CONDE.- Recline usted en mí la cabeza. (Hincando una rodilla en el suelo y haciendo que QUIROGA recline la cabeza en uno de sus hombros.)

JUANITO.- ¡Quieto, por piedad! (Sujetándole con la mano izquierda para que no se levante. Con la derecha saca del bolsillo del pecho un abanico y hace aire con él a QUIROGA.)

DAMIÁN.- ¡Señor, para el desdichado que va ciego a la culpa, toda tu infinita misericordia! ¡Toda tu infinita justicia para el vil que se prostituye por miedo! No tienen cielo y tierra enemigo mayor que la cobardía. (Da un paso hacia el foro y se detiene.) ¡He ahí a los hombres de bien a los pies del malvado! (Señalando a grupo que forman QUIROGA y los otros tres personajes. Encamínase precipitadamente hacia la segunda puerta de la derecha.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

Un jardín. A la izquierda, un ángulo de la casa de don Lorenzo; en la fachada que mira a la derecha, puerta de salida al jardín, al cual se baja por una escalera de piedra de cuatro o cinco escalones, con barandilla; a cada lado de esta puerta, una ventana, y otras tres correspondientes al piso principal; en la parte de fachada que da vista al público, una ventana alta y otra baja, la cual se abre a su tiempo, dejando ver una habitación, en que habrá una mesita arrimada a la ventana y otros muebles. A la derecha, un banco de jardín, al pie de un árbol. En el foro, una verja, que da salida al campo. Es de noche.

Escena I

ADELAIDA.- ¡No sé qué hago! ¡No sé qué es de mi! ¡Cuánto pensar! ¡Cuánto padecer! ¡Qué horrible campo de batalla esta cabeza! Mi corazón, ¡qué infierno! (Breve pausa.) Se va. ¿Solo? ¿Con Andrea? ¡Todo menos que se vaya con esa mujer! Ni solo quiero que se vaya. Qué, ¿no hay en el mundo más mujeres que Andrea? ¿Conque le amo? La duda es singular. ¿Conque estoy celosa? Tal vez ¿Habrá sentido nunca nadie celos como los míos? Y amar a quien nos odia y ultraja, ¿qué es? Una locura como todas. Más locura que todas. Conozco mucha gente que llora con motivo o sin él. ¡Felices los que llorando se desahogan! Yo creo a veces que, al fin, suben lágrimas a mis ojos; pero mis ojos se resisten a echarlas fuera, y vuelven, cual plomo derretido, a devorarme las entrañas. Yo, aunque padezca horriblemente., yo no puedo llorar. Hoy menos que nunca. El llanto es un consuelo, y no le hay para un dolor sin esperanza. La desesperación no llora. Me reiré por hacer algo. ¡Si por hacer algo me pudiese morir! ¡No! ¡Tampoco! El suplicio es tremendo. Pero no, nada; este cuerpo mezquino, todavía en pie; esta máquina deleznable, entera todavía. (Déjase caer en el banco. Pausa. DAMIÁN, al otro lado de la verja, mira atentamente hacia donde está ADELAIDA, permaneciendo un rato indeciso.)

Escena II

ADELAIDA y DAMIÁN.

DAMIÁN.- Adelaida. (Llamándola, sin esforzar la voz.)

ADELAIDA.- ¡Damián! (Levantándose sobresaltada.) ¿Quién?

DAMIÁN.- Yo; Damián.

ADELAIDA.- ¡Ah! (Reponiéndose.)

DAMIÁN.- Señorita, una palabra, por favor.

ADELAIDA.- Entre usted. (Abriendo la verja.)

DAMIÁN.- ¿Usted aquí a estas horas? (Entrando.) ¿Lo sabe su padre de usted?

ADELAIDA.- Tiempo ha que mi padre me dejó encerrada en mi habitación, guardándose la llave.

DAMIÁN.- Entonces, ¿cómo la hallo a usted en este lugar?

ADELAIDA.- Las señoritas que nos hemos educado a la inglesa contamos con audacia y agilidad bastantes para más ardua empresa que la de salir de un aposento, aunque esté cerrado, si en el aposento hay un balcón, y, junto a él, una parra, levantada sobre armazón de hierro y madera.

DAMIÁN.- ¿Y a qué ha sido abandonar usted su habitación de ese modo? No me niegue usted el derecho de preguntárselo.

ADELAIDA.- ¿A qué? ¿Lo sé yo por ventura? No quería estar encerrada... Quería ver qué hace ese hombre..., si con efecto se va..., si con efecto se va solo. ¿Y usted? Imaginaba que ya estaría usted muy lejos de aquí.

DAMIÁN.- Mal me conoce usted, Adelaida. El se ha de ir antes que yo. No han permitido Andrea y su padre que los deje un momento solos en todo el día ni en toda la noche, hasta que poco hace me he venido a contemplar los muros de esta casa, como si por ellos quisiera adivinar las intenciones de Quiroga. ¿Las ignora usted completamente? ¿No las presume usted siquiera? Respóndame usted.

ADELAIDA.- Las ignoro; no las presumo. Tiemblo, sin embargo. El alma, con misteriosa voz, me grita que debo temblar.

DAMIÁN.- Quizá usted más que nadie.

ADELAIDA.- ¿Por qué?

DAMIÁN.- Si usted me permitiese hablarla cual si fuera su amigo...

ADELAIDA.- Perdóneme usted, Damián, que siempre le haya tratado con injusticia. Quien no está satisfecho de sí, ¿de quién lo estará? Perdóneme usted, y sienta yo alguna vez entre las mías la mano de un hombre noble y generoso. (Estrechándole la mano.)

DAMIÁN.- ¿Noble..., generoso? No tal. La sangre algo caliente, los nervios algo levantiscos..., y he aquí mi generosidad y nobleza. Pero acepto la honra de figurarme por esta sola noche que soy su amigo, su hermano de usted. Adelaida, ¿ama usted aún a Quiroga?

ADELAIDA.- Verá usted qué amiga, verá usted qué hermana tiene usted tan despreciable y tan odiosa. No le quiero aún, le quiero más.

DAMIÁN.- ¿Está usted segura de lo que dice? ¿Es usted capaz de amar a un hombre casado?

ADELAIDA.- ¡Casado! ¿Quién? (Con profunda extrañeza.)

DAMIÁN.- ¿No lo sabe usted todavía? ¿No lo sabe usted por su padre?

ADELAIDA.- Mi padre, lleno de turbación y angustia, me ha repetido muchas veces que ese hombre no podía casarse. (Hablando rápidamente, con viva agitación.) Creí que aludía a su falta de creencias, a su impiedad. ¿Dice usted que es casado? Damián, ¿dice usted eso?

DAMIÁN.- ¡Adelaida! (Con espanto.) Domine usted su agitación.

ADELAIDA.- No dice usted eso, ¿verdad? ¡Esta noche me asaltan de pronto unos delirios!

DAMIÁN.- Se casó en América, y allí abandonó a su mujer.

ADELAIDA.- Pero -¡Dios me valga!- ¿Es casado ese hombre? (Con arrebatado de indignación y angustia.) ¡Casado! ¿Conque aún podía yo ser más desventurada? ¿Conque no hay desdicha que, por grande que sea, no pueda ser todavía más grande? ¡Casado! Y si uno llega a odiar la vida, y da la vida en no acabarse, ¿que remedio? Cuando la carga es insufrible, bien hace el que la arroja.

DAMIÁN.- Ahora, Adelaida, ahora empieza usted a delirar.

ADELAIDA.- Si voy creyendo que tiene razón ese malvado al asegurarme que el cielo está vacío. Alienta aún ese malvado. ¿Cómo ha de haber nada allá arriba?

DAMIÁN.- ¿Dudará usted de Dios?

ADELAIDA.- Pues amando a Quiroga, ¿de qué no quiere usted que yo dude? Vamos a ver, ¿de qué?

DAMIÁN.- Arranque usted ponzoñoso amor de su pecho.

ADELAIDA.- Creo en la fatalidad; en la fatalidad solamente. (Quedase como abstraída en austera cavilación.)

DAMIÁN.- Se castiga al ladrón que roba dinero, y se deja en paz al ladrón que arrebató a un alma la fe.

ADELAIDA.- Dicen que soy hermosa (Como hablando consigo misma.); dicen que no hay mujer más elegante que yo; en París me toman por francesa; por inglesa, en Londres; por italiana, en Roma; el más hábil y alentado jinete muy rara vez conseguirá dejarme atrás en la carrera; si toco el piano, causo entusiasmo verdadero; conozco libros de todas épocas y naciones; mi dote puede dar envidia a la hija de un príncipe. ¿Cómo no habían de admirarme, cómo no me habían de amar los hombres? Muchos me amaron. A ninguno amé yo. El que no me parecía niño, parecíame viejo; desdeñaba al humilde, irritábame contra el

poderoso; amante grave y circunspecto o vehemente y volcánico, por igual me hacían reír. Mi burla, más que el activo encono de sus adversarios políticos, fue parte a desacreditar y hundir a un hombre de mérito que tuvo en la cumbre del poder la flaqueza de aspirar a mi mano. Quísome un pintor que amenazaba robar laureles a Murillo, y heló mi burla primero su inspiración, después la sangre de sus venas. Me afligió unos días su muerte; fue luego pábulo a mi orgullo. Las muchachas amigas mías, empleadas constantemente en fútiles devaneos, me contemplaban con asombro; yo a ellas con lástima. Todo el mundo me llamó la niña de piedra. Acabóse en mí de este modo esa edad de las ilusiones que se cree dulce y halagüeña; llegué a la edad de la fría razón; cumplí veinticinco años sin que mi corazón hubiese dado un latido solo de amor. Pues mire usted para quién se guardaba el insensato. (Impetuosamente, con amarga ironía.) Para ese hombre se guardaba: para quien había de cubrirle de luto y de vergüenza. Desprecio al más rico, al más ilustre, al más hidalgo y bueno; detesto a quien me adora, y -véalo usted- al único digno de implacable odio y desprecio, a ese amo; adoro a quien, al solicitar mi cariño no siendo libre, me hace la injuria más atroz que nunca pudo hacerse a una mujer honrada. Si esto no es fatalidad, ¿que es? Dígalo usted, Damián. Quiero saber qué es esto. ¡Oh! Sí, no hay duda; por fin logro llorar. (Pasándose una mano por los ojos.) Llanto de fuego, pero llanto. ¡Ay, Damián, qué desdichada soy! (Rompiendo a llorar con la mayor angustia y apoyando la cabeza en un hombro de DAMIÁN.)

DAMIÁN.- Sí, muy desdichada. ¿Fatalidad? No. Fruto de la soberbia es la desgracia y la ignominia que usted llora. De la soberbia, Adelaida, que parece que le hace a uno subir, por el afán y las angustias con que le hace bajar. La humildad al revés: con ella parece que bajamos cuando vamos subiendo. Sea usted humilde, y podrá salir del abismo en que se ve ahora hundida; soberbia, todavía puede usted hundirse más en el lodo. Una grande ignominia originase fácilmente de una gran vanidad.

ADELAIDA.- Ya es tarde: ya no hay salvación para mí.

DAMIÁN.- Quiso Dios que para volver a él no fuese nunca tarde. El momento que basta a que en las tinieblas de una vida entera se haga la luz, ¿con qué reloj podrá medirse? Únicamente con el reloj de la infinita misericordia. Usted pone ahora el pie en el mundo; su culpa tiene fácil remedio. ¡Vuelva usted en sí! Por la memoria de su madre.

ADELAIDA.- ¡Mi madre! No la conocí apenas. ¡Oh, si ella me hubiera vivido!.. Mi padre me confió a manos mercenarias.

DAMIÁN.- ¿Y por qué? Porque anhelaba que su hija recibiese la más brillante educación.

ADELAIDA.- Me abandonó para hacer viajes de años enteros.

DAMIÁN.- Porque a toda costa quería aumentar los bienes de su hija.

ADELAIDA.- No puso dique a mis malos instintos; no corrigió mis faltas.

DAMIÁN.- ¡Porque era usted su única hija y la amaba con frenesí!

ADELAIDA.- Conocía a ese inicuo y le trajo a mi lado.

DAMIÁN.- ¡Adelaida! El padre es el que ha de juzgar a su hijo, y no el hijo a su padre. (Con severidad y enojo.) Adelaida, no sea usted mala hija, por Dios. (Con ternura, llorando.)

ADELAIDA.- ¡Pero si le amo, Damián, si le amo! ¡Si es muy cruel mi desventura! ¡Si no hay consuelo para mí! (Rompiendo otra vez a llorar.)

DAMIÁN.- ¿Cómo ha de haberlo, cómo? Se aleja usted de Dios, y no tiene el dolor otro compañero. Y si Quiroga intentase arrastrarla a mayor oprobio, ¿quién la, defendería a usted de sí misma? ¿Quién refrenaría los villanos impulsos de un pecho descreído?

ADELAIDA.- Yo sola me basto a salvar mi honra. No nací yo para manceba. (Enérgicamente.)

DAMIÁN.- ¡Insensata! La mujer impía, ¿para qué más puede haber nacido?

ADELAIDA.- ¡Silencio! (Mirando hacia la ventana baja de la parte de la fachada que da frente al público.)

DAMIÁN.- Venga usted. (Llevándosela hacia la derecha. Abrese la ventana antes indicada, y QUIROGA se asoma a ella.)

Escena III

DICHOS y QUIROGA.

QUIROGA.- Calma completa. (Retirase de la ventana.) Bien; ya es hora; partamos. (Hablando con persona que se supone estar a la izquierda de la habitación y que no puede ser vista por la ventana.) Salga usted con el coche. Nos encontraremos allí. (QUIROGA, tarareando una canción, se guarda en los bolsillos algunos objetos, se pone el sombrero, toma la luz que habrá encima de la mesita arrimada a la ventana y desaparece por la izquierda.)

DAMIÁN.- Se van. No sé qué experimento.

ADELAIDA.- ¡Se va! Se va cantando... ¡No se ha de ir así, por mi vida! ¡Leandro! (Gritando.)

DAMIÁN.- ¿Qué hace usted?

QUIROGA.- ¿Eh? ¡Esa voz! (Volviendo. Vase por la derecha.)

ADELAIDA.- Quiero dar mi último adiós al amigo que parte.

DAMIÁN.- ¡Imposible!

ADELAIDA.- ¿Qué teme usted? (Con altivez.) Oiganos si le place. (Óyese abrir la puerta de la casa.) Ahí está.

DAMIÁN.- ¡La oiré a usted, criatura infeliz! (Con tono de amenaza y reconvención. Vase por la derecha.)

Escena IV

ADELAIDA y QUIROGA.

QUIROGA.- ¡Adelaida!

ADELAIDA.- No era justo que sin despedirnos te fueras, Y, ¿adónde vas? ¿Quizá en busca de tu mujer?

QUIROGA.- ¿Ya te lo han dicho? (Con ira.) Enhorabuena. (Conteniéndose.) Siendo casado, te vi y no pude menos de amarte. Ahí tienes la explicación de mi conducta. Ahí tienes mi culpa y mi castigo.

ADELAIDA.- ¡Tu vileza increíble!

QUIROGA.- Decidido estoy a partir y a que jamás vuelvas a verme. Pero este sacrificio sería tal vez superior a mis fuerzas, a tropezar, yendo a cumplirlo, con señales de ser amado todavía.

ADELAIDA.- Te oigo, y me parece estar soñando. Obra parece de una pesadilla tu imprudente maldad.

QUIROGA.- La cólera suele ser indicio de amor. Si me insultas, creeré que me amas; si me amas, no tendré valor para separarme de ti. Adiós.

ADELAIDA.- Adiós. (QUIROGA da algunos pasos hacia el foro.) Pero te has de ir tranquilo y gozoso, quedándome yo con el alma llena de vergüenza y remordimientos, de angustia y coraje. Vete, sí; pero antes de que te vayas, ¿no te podría yo castigar?

QUIROGA.- Aún es tiempo.

ADELAIDA.- ¿De castigarte?

QUIROGA.- De que tú y yo cumplamos nuestro destino.

ADELAIDA.- ¿Cuál es nuestro destino?

QUIROGA.- Amarnos. (Con vehemencia, asiéndole una mano. DAMIÁN se deja ver lleno de ansiedad y como resuelto a lanzarse entre QUIROGA y ADELAIDA.)

ADELAIDA.- ¿Amarte yo?

QUIROGA.- Sí, ven; huyamos, Adelaida.

ADELAIDA.- ¡Suelta! (Desprendiéndose violentamente de QUIROGA.) ¡Huir contigo! ¡Si tanta audacia mete miedo! ¿Hasta ahí crees que puede llegar mi infamia? Haces bien: mujer que fue capaz de amarte, debe a tus ojos ser capaz de todo lo malo.

QUIROGA.- Llorarás haber desdeñado mi amor.

ADELAIDA.- ¡Ojalá que fuese verdad que me amas! Si tú me amases, entonces sí que te aborrecería yo. Vete.

QUIROGA.- Me voy, sí; pero no me voy solo.

ADELAIDA.- ¡Eh! ¿Cómo? ¿Qué has dicho? (Con viva agitación.)

QUIROGA.- A fe que no contaba con el gozo de ser testigo de tu desesperación. Me daba por satisfecho con el gozo de imaginármela.

ADELAIDA.- ¿Que no te vas solo? ¿Con quién te vas?

QUIROGA.- ¿A qué me lo preguntas? Harto lo adivinan tus celos.

ADELAIDA.- ¿Celosa yo de ti? No me digas que estoy celosa.

QUIROGA.- Tú lo has querido. Sufre las consecuencias de tu insensata cobardía.

ADELAIDA.- Pero ¿con quién te vas?

QUIROGA.- El coche está ya delante de su casa.

ADELAIDA.- Pero ¿dices que te vas con Andrea?

QUIROGA.- Con Andrea.

ADELAIDA.- Mientes.

QUIROGA.- Con Andrea, que me ama; con Andrea, a quien amo yo.

ADELAIDA.- ¡Daría mi vida entera por ser hombre un momento!

QUIROGA.- ¿Qué harías siendo hombre?

ADELAIDA.- ¡Matarte! ¡Abofetearte primero!

QUIROGA.- Así te quería yo ver.

ADELAIDA.- No cumplirás tu atroz designio.

QUIROGA.- ¿Quién lo ha de impedir? ¿Tu padre? ¿Sus amigos? Me conocen a mí y conocen al hombre que me acompaña.

Escena V

DICHOS y DAMIÁN.

DAMIÁN.- Dos monstruos mayores rara vez se ven juntos.

QUIROGA.- ¿No se ha ido usted? ¡Maldito empeño de morir a mis manos! (Va hacia el foro.)

ADELAIDA.- Aguarda. (Deteniéndole.)

QUIROGA.- ¡No más! ¡Déjame! (La aparta con violencia de sí y vase precipitadamente por el foro.)

Escena VI

ADELAIDA y DAMIÁN.

ADELAIDA.- ¡Se va! ¡Se va con ella! (En el colmo de la desesperación.)

DAMIÁN.- ¡Don Lorenzo! ¡Don Lorenzo! (A voz en grito, llamándole.) ¡Llame usted a su padre!

ADELAIDA.- ¡Padre! (Queriendo gritar y no pudiendo.) ¡Padre! Se me anuda en la garganta la voz. ¡Padre! (Haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma y gritando desafortadamente.) ¡Padre! ¡Padre! ¡Padre!

DAMIÁN.- Que vayan corriendo. (Va hacia el foro.)

ADELAIDA.- Y usted, ¿adónde va? (Corriendo tras él y deteniéndole.)

DAMIÁN.- ¿Adónde he de ir? Adonde se intenta cometer un horrendo crimen. Adonde Dios quiere que vaya. (Procurando desasirse de ADELAIDA.)

ADELAIDA.- ¿Y qué será de usted?

DAMIÁN.- Esa es cuenta de Dios.

ADELAIDA.- ¡Le matarán a usted!

DAMIÁN.- Que me maten. ¡No importa! (Logrando desasirse de ADELAIDA.)

ADELAIDA.- ¡Damián!

DAMIÁN.- La conciencia vale más que la vida. (Vase por el foro.)

Escena VII

ADELAIDA, DON LORENZO, EL CONDE y JUANITO.

ADELAIDA.- ¡Padre! ¡Padre! (Volviendo al proscenio y gritando como loca. Ábrese la ventana del centro del piso principal de la casa, y por ella asoma la cabeza DON LORENZO.)

DON LORENZO.- ¡Adelaida! (Con susto.) ¿Tú ahí?

ADELAIDA.- ¡Pronto! Baje usted.

DON LORENZO.- ¡Y yo de centinela toda la noche a la puerta de tu habitación! (Con zozobra y enojo. Ábrese la ventana de la derecha.)

ADELAIDA.- ¡Baje usted al momento! (DON LORENZO desaparece.)

EL CONDE.- ¿Quién grita? (Asomando la cabeza, por la ventana de la derecha. Ábrese la ventana de la izquierda.)

ADELAIDA.- ¡Van a matar a Damián!

JUANITO.- ¡Ea, otro susto! (Asomando la cabeza por la ventana de la izquierda, tapándose la boca con un pañuelo.)

ADELAIDA.- ¡Van a llevarse a Andrea! ¡Bajen ustedes, por piedad!

EL CONDE.- Hay para dar un estallido. (Desaparece de la ventana.)

JUANITO.- ¡Sea todo por Dios! (Desaparece.)

ADELAIDA.- ¡Irse con ella! ¡Ni imaginarlo quiero! ¡Padre! ¡Conde! ¡Esquivel!
(Gritando.) ¡Lo he de impedir! ¡A toda costa hay que impedirlo!

EL CONDE.- Al punto voy. (Asomándose a su ventana.) No hallo el sombrero.

ADELAIDA.- Irse con Andrea. No, ¡imposible!

JUANITO.- Ya bajo. (Asomándose a su ventana.) Hace aire. Me estoy poniendo una bufanda. (Desaparece.)

ADELAIDA.- ¡Irse con ella! ¡Oh! ¡Yo le detendré! (Corre hacia el foro.)

DON LORENZO.- ¡Adelaida! (Llamándola al salir por la puerta de la casa. Trae una pistola en la mano.)

ADELAIDA.- ¡Padre! (Viniendo a su lado.) ¡Corra usted! ¡Evite usted una desgracia!

DON LORENZO.- Pero ¿qué hay? ¡Habla!

ADELAIDA.- ¿No lo he dicho ya? Quiroga. Ese hombre que ha de partir con él...
Andrea...

EL CONDE.- Aquí nos tiene usted. (Saliendo por puerta de la casa con una pistola en la mano.)

JUANITO.- ¡Me ha dado un tiritón! (Saliendo por la puerta de la casa con un revólver en la mano.)

ADELAIDA.- Quiere robarla, y matar a su padre, y matar a Damián.

DON LORENZO.- ¡Qué hombre, Dios eterno, qué hombre!

EL CONDE.- ¡No hay quien pueda con él!

JUANITO.- Es un aborto del infierno.

ADELAIDA.- Vayan ustedes a impedirlo.

DON LORENZO.- Sí, ya vamos.

EL CONDE.- Al instante.

JUANITO.- Corriendo.

DON LORENZO.- Pero no te quedas tú sola aquí. Luego sabré cómo has salido de tu cuarto.

ADELAIDA.- Yo iré con ustedes.

DON LORENZO.- De ninguna manera. Entra en casa.

ADELAIDA.- ¡Llegarán tarde!

DON LORENZO.- Tú nos detienes. Entra. (Llevándola hacia la puerta de la casa.)

ADELAIDA.- ¡Qué insufrible agonía! (Entra en la casa, y un momento después, en la habitación en que antes se vio a QUIROGA. Queda en pie apoyada con una mano en la mesita que hay delante de la ventana.)

DON LORENZO.- ¡En buenos tiempos le ha tocado a uno vivir! (Paseándose por el escenario.)

EL CONDE.- ¡Volvemos al estado de la barbarie! (Paseándose también.)

JUANITO.- ¡Ahí se ve lo que es un hombre sin religión! (Lo mismo.)

ADELAIDA.- ¡No se van!

DON LORENZO.- Y que ese Lucifer intentaba algo contra la chica, ya me lo figuraba yo.

EL CONDE.- ¡Y yo!

JUANITO.- ¡Y yo!

ADELAIDA.- ¡No se van!

DON LORENZO.- Por eso estaba alerta.

EL CONDE.- Yo me había echado vestido.

JUANITO.- Yo estaba rezando. (Óyense a lo lejos gritos de ira y angustia.)

DON LORENZO.- ¿No oyen ustedes? (Lleno de temor.)

JUANITO.- ¡Qué horror! (Con acento lacrimoso.)

EL CONDE.- ¡Cómo gritan!

ADELAIDA.- ¡Y el cielo calla!

DON LORENZO.- Señores: se está cometiendo un crimen. (Como queriendo sacar fuerzas de flaqueza.) Nosotros debemos hacer algo.

EL CONDE.- Sí, señor; la obligación de una persona bien nacida...

JUANITO.- La caridad exige a veces que uno...

DON LORENZO.- Pues, ea, vamos.

EL CONDE.- Guíe usted. (A DON LORENZO, empujándole.)

JUANITO.- Ande usted. (Fingiendo impaciencia y empujando al CONDE para que vaya delante. Al llegar los tres a la verja del foro, óyese dentro un tiro, y los tres vuelven rápidamente al proscenio. Siguen óyendose gritos a lo lejos.)

DON LORENZO, EL CONDE, JUANITO y ADELAIDA.- ¡Oh! (Dando un grito.)

DON LORENZO.- ¡Se están matando!

EL CONDE.- ¡Sabe Dios si ya habrá muerto alguno!

JUANITO.- ¡Vamos, yo no puedo ver estas cosas! (Muy acongojado.)

ADELAIDA.- Las fuerzas se me acaban. (Dejándose caer en una silla y apoyando la cabeza en la mesa.)

DON LORENZO.- ¡Tiemblo por Damián! ¡Son dos contra él!

EL CONDE.- ¡Y qué dos!

JUANITO.- ¡Quiroga! ¡Un ateo!

DON LORENZO.- ¡Y el otro!

EL CONDE.- ¡El otro! ¡Un bárbaro que ha matado a su madre y a su mujer!

JUANITO.- ¿Y qué habíamos de hacer nosotros contra ese par de fieras?

DON LORENZO.- ¡Capaces serían de acabar también con nosotros!

EL CONDE.- ¡Mis pobres hijos!

JUANITO.- ¡Mi pobre mamá!

DON LORENZO.- ¡Adelaida no tiene a nadie más que a mí en el mundo!

EL CONDE.- ¡Yo soy un padre de familia!

JUANITO.- ¡Yo soy un hijo de familia!

DON LORENZO.- ¡Yo soy un hombre de bien, y los hombres de bien!...

EL CONDE.- ¡Los hombres de bien no debemos cometer imprudencias!

JUANITO.- ¡Los hombres de bien no debemos hacer locuras!

DON LORENZO.- Pero ¡qué iniquidad la de esos impíos!

EL CONDE.- ¡Si parece mentira que haya gente con tan mal corazón!

JUANITO.- ¡Ya las pagarán todas juntas en la otra vida!

DON LORENZO.- ¡Caiga la maldición de Dios! (DAMIÁN entra por la verja del foro, andando trabajosamente, aunque de prisa, con el brazo izquierdo sin movimiento y caído a lo largo.)

Escena VIII

DICHOS y DAMIÁN.

DAMIÁN.- No caiga sobre usted...

DON LORENZO.- (Yendo hacia él.) ¡Damián!

ADELAIDA.- (Levantándose de pronto.) ¡Damián!

DAMIÁN.- (Dando señales de no poderse tener en pie.) No caiga sobre usted si vuela a defender la vida de un padre y la honra de una doncella. ¡Oh!

DON LORENZO.- ¡Sangre! (Sosteniéndole.)

EL CONDE y JUANITO.- ¡Sangre! (Acercándose a DAMIÁN. DON LORENZO, EL CONDE y JUANITO, vueltos de espaldas a la casa, conducen a DAMIÁN al banco que hay a la derecha y le sientan en él.)

ADELAIDA.- ¡El cielo no me quiere ayudar! ¡Ayúdeme el infierno! (Desaparece de la ventana.)

DON LORENZO.- ¿Qué tiene usted?

EL CONDE.- ¿Está usted herido?

DAMIÁN.- En un hombro... No es nada. Ese anciano..., esa niña..., esos inicuos.
(ADELAIDA sale de la casa, y, sin ser vista, vase corriendo por la verja del foro.)

Escena IX

DON LORENZO, EL CONDE, JUANITO y DAMIÁN.

DON LORENZO.- Venga usted adentro.

EL CONDE.- Sí.

JUANITO.- Usted necesita...

DAMIÁN.- ¡Yo no! ¡Ellos! ¡Ellos! Pueden ustedes llegar a tiempo todavía. Andrea es valiente. No la separarán de su padre si no la hacen pedazos. Pero, ¿todavía están ustedes aquí?

DON LORENZO.- Mire usted, Damián: lo mejor será que nos cuidemos de usted.

DAMIÁN.- (Dejándose caer del banco al suelo y poniéndose de rodillas.) ¿No he dicho ya que de mí no? ¡Por caridad! ¡Por las entrañas de María! ¡Por la sangre del Redentor! Sávelos usted, don Lorenzo. ¡Míreme usted a sus pies! ¡Se lo ruego llorando!

DON LORENZO.- (Turbado.) Nosotros íbamos a salir cuando usted...

EL CONDE.- Sí, señor; pensábamos haber ido allá...

JUANITO.- ¿Qué más quería usted que hiciésemos?

DAMIÁN.- ¡Intentan robar una hija a su padre! ¿No lo ha oído usted? ¡Y usted es padre! ¡Usted tiene una hija!

DON LORENZO.- ¡Logrará usted que su herida se haga incurable!

DAMIÁN.- Habiendo en el mundo hombres como aquellos y como ustedes, ¿qué mejor cosa le puede a uno suceder que morirse?

EL CONDE.- Pero -¡Qué diablos! -si con ir allá nosotros nada se había de remediar.

JUANITO.- Y -¡Qué demonio!- considere usted que nadie está obligado a exponer temerariamente su vida.

DON LORENZO.- Si Quiroga se quiere llevar a la muchacha, no es mía la culpa, y..., en fin, con tal de que ese condenado nos deje en paz, que se la lleve en hora buena.

DAMIÁN.- ¡Canalla! ¿Qué osa usted decir? ¡Canalla! ¿Y no tengo aliento para ahogarle a usted entre mis manos? He visto a los otros amenazar con puñales a un viejo impedido y forcejear con una débil niña. Pues usted me causa más espanto. Usted me parece más infame.

EL CONDE.- Han cesado los gritos.

JUANITO.- (Va hacia el foro y se asoma a la verja.) Sí; nada se oye.

DAMIÁN.- ¡Horrible silencio!

DON LORENZO.- ¿Se habrán marchado ya?

JUANITO.- Miren ustedes, miren ustedes; por allí va el coche que vuela. (EL CONDE va hacia el foro.)

DAMIÁN.- ¡Andrea! (Como llamándola desesperado.) ¡Infeliz! ¡Los gavilanes se llevan a la paloma! (Llorando.)

DON LORENZO.- ¡Qué vuelco me ha dado el corazón!

DAMIÁN.- ¡Ya está consumado el delito! ¡Sobre usted, don Lorenzo, sobre usted la maldición de Dios!

DON LORENZO.- (Como sobrecogido de espanto.) ¡Damián!

ANDREA.- (Gritando dentro, desde lejos, de modo que sus palabras no lleguen claras a la escena.) ¡Socorro! ¡Don Lorenzo, socorro!

DON LORENZO.- Gritan de nuevo.

EL CONDE.- Sí.

JUANITO.- Y parece que se van acercando los gritos.

ANDREA.- ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Don Lorenzo!

DAMIÁN.- ¿Me engañan mis oídos? ¡No! (Con arrebató de alegría.) ¡Es Andrea!

DON LORENZO.- ¿Andrea?

ANDREA.- ¡Socorro! ¡Socorro!

DAMIÁN.- ¡Sí! ¡Cielo divino, ella es!

DON LORENZO.- (Con desabrimiento, a DAMIÁN, viniendo hacia él y como alegrándose de hallar disculpa para sí mismo.) Pues ya ve usted que no la han robado, ni...

EL CONDE.- (Volviendo al proscenio.) Bien me figuraba yo que eso de robar a una mujer no queriendo ella...

JUANITO.- (Volviendo al proscenio también.) ¡Toma! ¿Por qué no me he dado yo más prisa a...?

DAMIÁN.- ¡Jesús mil veces! (Dando un grito, como asaltado repentinamente de una idea espantosa, y poniéndose en pie. Queda agarrado con la mano derecha al árbol que tiene junto a sí.)

DON LORENZO.- ¡Eh! ¿Qué le pasa ahora?

DAMIÁN.- (Con la mayor ansiedad.) ¿Y su hija de usted? ¿Dónde está su hija?

DON LORENZO.- ¿Dónde ha de estar? ¡En casa!

DAMIÁN.- ¡Adelaida! ¡Adelaida! (Llamándola.) Pero, ¿está ahí?

DON LORENZO.- ¡Oh! ¿Cómo? (Dándose cuenta del recelo de DAMIÁN.) ¡Qué idea! ¿Será usted capaz de sospechar?...

DAMIÁN.- (Cada vez con más viva angustia.) Pero, ¿está ahí?

DON LORENZO.- Me ha dejado usted sin gota de sangre en las venas. ¡Adelaida! (Llamándola.) ¡Ha perdido el juicio, y quiere que todos le perdamos también!

ANDREA.- (Ya desde muy cerca.) ¡Socorro, don Lorenzo, socorro!

DON LORENZO.- ¡Pide socorro!

DAMIÁN.- ¿Para quién?

DON LORENZO.- (Con terrible estupefacción.) Que se la llevan...

DAMIÁN.- ¿A quién? (Casi delirante.) ¡Adelaida! (Con voz de trueno.)

DON LORENZO.- ¡Oh! (Dando un grito espantoso.) ¡Adelaida! ¡Hija! ¡Hija! (Llamándola, fuera de sí, y dirigiéndose precipitadamente hacia la escalera.)

Escena última

DON LORENZO, DAMIÁN, EL CONDE, JUANITO y ANDREA.

ANDREA.- (Entrando por el foro, despavorida, con el traje en desorden y el pelo caído.)
¡Socorro, don Lorenzo, socorro!

DAMIÁN.- ¡Ven aquí! (Llamándola angustiosamente. ANDREA se acerca a él.)

DON LORENZO.- ¡Habla! (Corriendo hacia ANDREA.)

ANDREA.- (Sin poder articular las palabras, por el cansancio y las vivas emociones de que está agitada.) ¡Sí!... ¡Ay!... ¡Me ahogo!... ¡Me muero!...

DAMIÁN.- (Enérgicamente.) ¿Para quién pides socorro?

DON LORENZO.- Di.

ANDREA.- Llegó... Hablaron... Se fueron...

DAMIÁN.- ¿Quién se va?

DON LORENZO.- ¿Quién?

ANDREA.- Ella... Ella... La señorita...

DON LORENZO.- ¡Mi hija! Y vosotros... ¡Infames! ¿Vosotros no lo habéis impedido?
¡Hija! ¡Hija! (Llamándola, como loco.) ¡El cielo me confunda! (Cayendo al suelo sin sentido. EL CONDE y JUANITO se acercan a él como para prestarle auxilio.)

DAMIÁN.- ¡Justicia de Dios!

ANDREA.- ¡Sálvala, Madre mía de los Dolores! (Poniéndose de rodillas y juntando las manos en actitud de súplica.)

FIN

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

